





SOCIOLOGÍA CRÓNICA

Primera edición, diciembre de 2025
Sociología crónica

DR© Ediciones del Lirio. S. A. de C. V. Azucenas 10, Col. San
Juan Xalpa, Del. Iztapalapa, C.P. 09850, Ciudad de México
www.edicionesdellirio.com.mx

Diseño de portada: Oliver Rosales

ISBN EDL:

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito de los
titulares de los derechos.

Impreso en México | *Printed in Mexico*

Hugo José Suárez

SOCIOLOGÍA CRÓNICA



A Canela y Anahí.
Con ellas siempre hay alegría.



*Ése es el enorme reto de la escritura:
hacer un río de un vaso de agua*

(Celorio, 2018, p. 21)

*No nos ayudará leer *El capital* si no
sabemos, además, leer los signos de la
calle*

(Berman, 2016, p. 154)

*La palabra es nuestra casa. El lengua-
je es una habitación que nos esculpe.
Residencia, la palabra moldea, en su
voz, nuestra experiencia. Es el puño de
una jaula o el aire de una plaza*

(Silva-Herzog Márquez, 2017, p. 10).



Índice

Introducción. Una sociología crónica	13
Ciudad de México: entre el cielo y el subsuelo	17
Un choque en el laberinto de la disfuncionalidad	21
Chicago	25
Pelea de perros	32
San Shakira factura	35
Las sorpresas de Santiago	38
Las ciudades de la ciudad	42
El tren detenido	46
La bicicleta es mi ciudad	49
Tianguis	55
Viernes de son jarocho	59
Tranzas fallidas	62
Ocho horas en coche	66
Dueños de la calle	71
Viaje surrealista	74
Un domingo cualquiera	78
Adenda 1: Que nos agarre confesados	82
Adenda 2: Escribir. Por una sociología narrativa. Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua	95



Introducción

Una sociología crónica

La sociología es una disciplina de frontera, movediza, inquieta. Hay decenas de caminos para ejercerla, en ocasiones se cruzan, a menudo se alejan; puede que confluyan como suelen enfrentarse. Quizás el único puerto común entre tanta diversidad en esta disciplina –indisciplinada– sea, además de la construcción de un problema a ser investigado desde una perspectiva teórica y una estrategia metodológica, aquella máxima que sugería Bourdieu: entender por qué las cosas suceden de una manera siendo que podrían ser diferentes. De ahí, la sociología, bien adelantaba Berger, es un pasatiempo apasionante, un «demonio que se apodera de nosotros» y nos empuja a observar, anotar, explicar (Berger, 1977, p. 42). Un oficio que se define por la pasión por mirar y comprender, está obligado a desplazarse constantemente, a tocar límites, a romper barreras, a rebelarse frente a cualquier intento de domesticación. Como incansable viandante, debe explorar nuevos mundos, emprender audaces viajes, correr riesgos, tocar puertas, saltar sin paracaídas. Sólo así avanza, sólo así no se convierte en piedra de culto.

La crónica es un género que, argumenta Sefchovich, «hasta hoy, no se ha podido definir» (Sefchovich, 2018, p. 21), cuya esencia es la libertad y la experimentación: se puede «confundir con el ensayo, el testimonio, el diario, el reportaje periodístico, el estudio histórico o antropológico, el social o el cultural» (Sefchovich, 2018, p. 22). «Se trata de un género que se ocupa de (o sea que su objetivo es) observar y escuchar (hacer etnografía), averiguar (hacer socio-

logía y sicología), desenterrar (hacer arqueología), recuperar (hacer historia), describir (hacer fisiología) y transmitir (hacer narrativa)» (Sefchovich, 2018, p. 28). Por su naturaleza, al ser un «mecanismo de observación» que construye un relato con información empírica, la crónica puede dialogar sin pedir permiso, puede entrar y salir a los temas que considere pertinentes, puede casarse y divorciarse de todas las disciplinas tantas veces lo desee. Al final de cuentas, «la crónica existe porque sirve a la necesidad humana de conocer y entender lo que nos rodea (lo que vemos, olemos, sentimos y tocamos...), así como a la necesidad humana de contárselo a los otros» (Sefchovich, 2018, pp. 27–28).

Entendidas así, sociología y crónica mantienen una simpatía mutua, se atraen, coquetean, se seducen, se convocan, se mezclan en el marco de una «afinidad electiva» –como escribía Weber dialogando con Goethe– que las hace empatar en al menos en tres puntos: la exigencia de observación, la necesidad de explicación, el placer de la narración. Los diálogos entre ambos oficios han generado una serie de reflexiones en el tiempo. No son pocas las crónicas cuyo contenido sociológico salta a la vista (no hay que olvidar, por ejemplo, que la sociología es la formación universitaria básica de Juan Villoro y Cristina Rivera Garza, dos importantes narradores mexicanos contemporáneos). Asimismo, existen múltiples ejercicios de sociología que han acudido a la crónica, desde la película de Edgar Morin y Jean Rouch, *Crónica de un verano*, hasta el esfuerzo de Humberto Vázquez por buscar el contenido sociológico en las *Crónicas Generales de Indias* (Vázquez Machicado, 1958).

Esta interlocución se inscribe, además, en un momento en el cual las características de la vida social actual exigen innovación, soltura e imaginación, como lo han subrayado múltiples voces. Da la impresión que sólo podremos entender parte de lo que sucede si acudimos a las formas de conocimiento que se generan en distintos ámbitos y

emprendemos varios tipos de intercambios. Es un tiempo de flexibilidad y encuentro, que no de construcción de muros y trincheras disciplinarias. Así lo entendieron, por ejemplo, quienes desde la geografía retoman la estética –como Peter Krieger, que explora «Los paisajes volcánicos del Dr. Atl»¹–, quienes subrayan la necesidad de acudir a la literatura para enriquecer la sociología (Trejo & Waldman, 2018), quienes encuentran en lo visual el camino para entender lo colectivo (Leon-Quijano, 2023).

Este libro se inscribe precisamente en ese debate. Hace varios años que he impulsado en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México una línea de investigación llamada *sociología vagabunda* a través de un seminario sobre las poéticas de la investigación y un taller de sociología narrativa en el posgrado de la UNAM. La intención ha sido reflexionar sobre la manera como ejercemos nuestra tarea, asumir los desafíos y emprender los riesgos. Asimismo, he publicado libros como *Sueño ligero. Memoria de la vida cotidiana* (Suárez, 2012); *Un sociólogo vagabundo en Nueva York* (Suárez, 2015); *París a diario* (Suárez, 2022b), *Diario de La Paz* (Suárez, 2022a) que preceden al actual documento y van en una misma línea. Este texto es un punto de llegada.

Los artículos que aquí se recogen fueron publicados, en su mayor parte, en la revista digital de crónica *88 Grados* (<https://www.88grados.com/>) entre el 2022 y el 2024, pero añadí dos adendas, una que se refiere a un asalto sufrido en el 2017 donde narro el paso por las puertas del infierno, y mi discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua en el 2023, que reflexiona de manera más detenida sobre el acto de escribir. Globalmente, busqué ensayar crónicas de mi vida cotidiana en la Ciudad de México, recogiendo los «signos de la calle», empapados a su vez de interpretaciones sociológicas.

1 Conferencia «Los paisajes volcánicos del Dr. Atl» impartida por el Dr. Peter Krieger en el Auditorio del Museo Kaluz, 8 de junio del 2024.

La *sociología crónica* tiene múltiples significaciones, acaso contradictorias, pero liberadoras. Es una apuesta por la intersección, por los vaivenes, por las bisagras, por el entremedio. Se trata de un saber producido desde la observación y también el resultado de las opciones y posiciones de quien escribe. Es una pasión casi enfermiza y permanente, incurable, pero vital. Es un estilo de narración, tanto como una respuesta a un problema. Es contenido y forma a la vez. Es una manera de entender sin dejar de ser una manera de contar.

Ciudad de México: entre el cielo y el subsuelo

Es domingo por la tarde, ideal para recorrer la ciudad. Quiero conocer la nueva Cineteca Nacional que se inauguró un tiempo atrás en algún recóndito lugar del Bosque de Chapultepec. Emprendo mi viaje. Salgo de mi departamento cerca del metro Coyoacán. Me sumerjo en el laberinto bajo tierra que transita por rieles.

Primera parada: transbordo en metro Zapata. Bajo y subo gradas, llego a un pasillo fabuloso con un título en el arco: Caricaturistas mexicanos. En efecto, en el 2017 se inauguró un museo subterráneo dedicado a estos maestros de la viñeta. Fue un homenaje, una manera de mostrar el trabajo de tantos que, desde su tablero de dibujo, con lápiz y papel, crearon una cultura político-visual nacional. Paseo por el túnel cobijado entre figuras a ambos lados. Me recibe José Guadalupe Posadas, el enorme grabador originario de Aguascalientes que regaló una imagen que se reinventa constantemente: la catrina. Está ahí, dibujada en toda la pared, elegante, sonriente, vigilante.

Sigo, llego a Ahumada, el mágico «monero» de *La Jornada*, que murió en el 2014. No me perdía sus tiras; como nadie, supo conjugar la vida urbana, la azotea, las ventanas, la ropa colgada, el tendedero, con el cosmos, la luna, los cometas. Sólo en su mente cabía tanta imaginación. Se fue repentinamente sin que lo pudiera entrevistar. Continúo acompañado de los grandes pensadores del dibujo. Rius, y sus magníficas historietas «Los Supermachos» y «Los Agachados»; aquí se reproduce la clásica «Última cena», que en realidad es un desayuno, una sátira con los personajes políticos de su tiempo. Me detengo en Naranjo, aquel michoacano de nacimiento, cuyo trazo,

precisión e inteligencia eran inigualables. Lo veía cada domingo en *Proceso*, cuando aquel semanario circulaba sin restricción.

Llego a la correspondencia con la otra línea color oro del metro, aunque sigue siendo Zapata. En el pasillo central se reproducen las múltiples maneras como los caricaturistas interpretaron el principal ícono revolucionario. Hay un Zapata que tiene una boina con estrella, cabello largo y bigotes, sofisticada combinación del Che con el revolucionario morelense; es Ahumada, claro, sólo podía ser él. También está el Zapata tradicional, con el bigotote que lo caracteriza; otro sentado, con las piernas cruzadas, afeminado; alguno con el sombrero exagerado; uno más con botas, pistola, chaleco con adornos, babero colgado al cuello y cubiertos en las manos, listo para comer. Hay de todo, Zapata no se detiene, el ícono vive, se reinventa sin prejuicios, sin límites. Zapata es para todos.

Prosigo. Me siento en el tren. El toque moderno de esta nueva y controvertida línea está a la orden: hay música ambiental, suena Bob Marley, y una voz anuncia que llegamos a la siguiente estación, además de dar las indicaciones sobre la apertura de las puertas. Dos paradas más tarde, me toca transbordo en Mixcoac. Me sumerjo todavía más hacia el centro del planeta, como en un viaje de Julio Verne. Desciendo tres largas escaleras mecánicas, estoy a unos cuarenta metros bajo tierra. La estación está dedicada a Octavio Paz, cuya infancia transcurrió en esa zona. Las paredes tienen siluetas de personas y animales sobre un fondo blanco. Frases fuertes del poeta están inscritas en los muros: «La mucha luz es como la mucha sombra: no deja ver»; «La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida»; «El único que ha cambiado soy yo, mi vida sigue igual»; «La libertad no necesita alas, lo que necesita es echar raíces»; «Aprender a dudar es aprender a pensar».

Subo al convoy de la línea siete, la de color naranja. Ya casi llego, salgo en la estación Constituyentes. He pasado muchas veces por

afuera, pero nunca llegué desde el metro a la avenida del mismo nombre. Nuevamente asciendo hacia la superficie: repito las tres largas escaleras mecánicas que, por suerte –no siempre es así–, están funcionando normalmente. A unos pasos está la entrada al Cablebús número 3, que es el que atraviesa por el bosque hasta llegar a la Cineteca. Como su apertura es reciente, la fila es enorme, veo que no fui original en mi paseo dominical. Llovizna, dudo entre abortar el plan o seguirlo, pero ya llegué hasta aquí. Me formo. Avanza lento, hay gente de todas las edades y clases sociales, de todos los estilos y tenidas. Se me acerca un funcionario que me pregunta: «No es adulto mayor, ¿verdad?». Las personas de la tercera edad no hacen fila. Es la primera vez que alguien duda si pertenezco a ese grupo etario, y si, por lo tanto, puedo acceder a esos privilegios. Agradezco por la formulación de la pregunta en negativo, respondo rápido, casi instintivamente: «no, ¿parezco?». Cruzamos una sonrisa que cierra el diálogo. Mi vanidad me lleva a esperar una hora en la fila con una tímida lluvia que viene y va. Finalmente, me embarco.

Tengo mucha familiaridad con los teleféricos, me he subido decenas de veces en La Paz, Bolivia. Para mí no es experiencia nueva, que sí para los nueve pasajeros que me acompañan. La composición social es interesante, un reflejo del México urbano. A mi lado una pareja joven, universitarios, tomados de la mano disfrutando de las alturas en un romántico paseo. A su lado, un joven en shorts y sudadera, me parece que tiene algún trastorno mental, carga un discman –de esos de los noventa para reproducir los extintos discos compactos– con los audífonos puestos. Cada que cambia de canción, él repite su título en voz alta y mira al horizonte. Al frente, una chica de preparatoria pública, toda de negro, con flores en las manos que llegan a cubrirle el rostro; luego me comenta que iba a la tumba de su amiga recientemente fallecida a dejarle el ramo, pero se le cerró el cementerio antes de que pueda hacerlo. A su lado hay dos parejas de la misma edad

—calculo unos sesenta años— de dos polos sociales. Los de origen popular, con ropa sencilla, ella con vestido y bolsa, él con una pequeña mochila barata. Ella con el cabello negro, poco canoso, recogido hacia atrás y aretes de colores colgando; él con corte sencillo, cabello negro, abundante y grueso. Cada uno carga su celular en las manos que lo miran con regularidad, hablan en voz alta: «Aquí no hay baches» le dice él a su esposa. A su lado la pareja de la misma edad, ambos con jean y tenis blancos de marca, ropa fina, él con la cabeza rapada y ella con el pelo blanco, muy corto, de peluquería. Ambos con lentes de marco invisible. Miran con atención el paisaje, ella saca su binocular y empieza a identificar espacios con familiaridad: aquí es el Centro Ecuestre, allá está la Cineteca. Cuando llegamos al lugar más alto, a unos 35 metros de altura, la cabina se detiene. Es una sensación de extraña fragilidad, sin movimiento, se siente el viento, la altura, un poco de vértigo. Ahora está claro que estamos colgados en un cable entre dos postes. Lo habíamos olvidado. Una voz con acento español dice «atención, la estación se detuvo por causas operativas. En breve se reestablecerá».

A todo esto, entre la espera y el transporte, se hizo tarde, oscureció y llueve. No iré a la Cineteca; de hecho, imagino que ya no hay funciones y si salgo demasiado tarde tal vez ni el Cablebús estaría abierto. No quiero encontrarme al final del domingo en otro lado de la ciudad sin tener cómo volver. Son como diez kilómetros hasta mi casa. «Me devuelvo», como dicen unos amigos.

Sigo el mismo camino en sentido contrario: Cablebús, nueve estaciones de metro, dos trasbordos, caminar, casa. Ya sé, no pude ver un filme ni conocer la Cineteca de Chapultepec, pero transité por el cielo y el subsuelo de esta ciudad y de su gente. Es la película más interesante. No fue un domingo perdido.

Un choque en el laberinto de la disfuncionalidad

Vuelvo a casa luego de pasar unos días en Querétaro con la familia. Cansados, sólo queremos llegar, falta como hora y media. En la autopista de tres carriles llena de tráileres, veo cómo un coche anda en pleito con otro: intenta cruzarlo, compiten, juega a frenar, se bocinan, se insultan usando los códigos de la agresividad en estas circunstancias. Hasta aquí, todo normal. Voy a una velocidad moderada y responsable, los coches de mi carril empiezan a detenerse, no bruscamente, pero sí con decisión. Hago lo propio, pongo mis luces de alerta, veo por el retrovisor y alcanzo a percibir que el auto que iba peleando se dirige hacia mí a mayor velocidad de la debida, no le dará para frenar, y siento el impacto. «¡Sabía!», grito para sorpresa de mi esposa y mi hija que vienen a mi lado. Me bajo –primer error, recomiendan jamás salir luego de accidente y menos en carretera– en lo que mi esposa llama al seguro. Hace lo propio el agresivo conductor, vestido de jean y playera blanca con una estampa de Superman, mirada desencajada, cabello corto descuidado y pinta de matón de barrio. Le pregunto si tiene seguro, me dice que sí, que se orillará para llamarlo, se sube a su vehículo y empieza a acelerar obligándome a retirarme de su paso. Alcanzo a tomarle una foto a las placas antes de que se pierda entre el torrente de camiones. «Se dio a la fuga», repito en mi mente la sentencia judicial.

Entretanto, mi esposa logra contactarse con el seguro. Mientras yo saco mi trapo rojo y lo agito dando la alerta a los demás automóviles para que me eviten –con el riesgo que eso implica, entre enormes ca-

miones y buses en una autopista de alta velocidad—, ella continúa con el reporte y los trámites respectivos. El poco experimentado funcionario del seguro toma nota de los hechos, se corta la llamada, vuelven a retomar el contacto, le pregunta a un operador si es indispensable quedarnos ahí corriendo riesgo de estar en medio de la carretera, no sabe responder —normalmente instruyen no moverse del lugar hasta que llegue el perito, lo que puede tardar un buen rato—. Finalmente, luego de quince minutos con las luces de alerta encendidas y desviando el tráfico, nos informan que, dado que se fue el agresor, podemos proseguir y completar el informe llegando al hogar. Salvamos el primer episodio. Balance preliminar: la cajuela hundida, y el que me chocó, fugado. Por suerte ningún daño a nosotros ni a mi mascota que iba en la maletera.

Ya desde mi sala cómodamente sentados, continuamos con el trámite. El operador del seguro nos explica con detenimiento, casi con paciencia, evocando artículos de mi póliza, que, dicho bien y pronto, no se harán cargo de nada: «Nosotros no tenemos la culpa, no hay quién pague, dado que el agresor huyó». Le explico que yo no podía ni debía detenerlo, que mi función no es ser policía, ni jugar a la persecución para que el sujeto asuma su responsabilidad. Le argumento que si contrato un seguro es precisamente para que, cuando suceda un accidente, tenga un apoyo, un respaldo que me ayude en el peor momento. Amablemente me dice que lo siente mucho, pero que mi póliza no contempla que se fugue el responsable, y que por tanto ellos se quedan sin tener a quién pasarle la factura. Me da dos salidas que no lo son: si quiero, puedo pagar un coaseguro elevado (como 900 \$us) y todo lo demás lo cubrirán ellos; la otra opción es que vaya al Ministerio Público, haga la denuncia, y cuando haya un citatorio para iniciar un juicio, ellos me proporcionarán un abogado que me acompañe. Cuando la resolución conclusiva sea a mi favor —en caso de que así suceda—, se podría reclamar los gastos. En suma, en un

par de años, si todo procede y los astros me bendicen, recuperaré lo que pague.

Al ver que mi seguro, como muchos otros, no sirve para nada, emprendo mi propia agenda para resolver el asunto. Voy donde un mecánico que evalúa el daño y me dice que para repararlo me cobrará un poco menos que el coaseguro. No me queda otra, le dejo el vehículo.

Queda el otro frente: la denuncia ante la Justicia. El incompetente operador del seguro no sabe decirme ni dónde ni cómo proceder. Me da la dirección de la fiscalía general que está demasiado lejos. Voy por mi cuenta. Primero, acudo a la oficina más cercana, a un par de cuadras de mi casa. Le pregunto al policía de la puerta y me dice que no es ahí, que debo dirigirme al Ministerio Público de la zona, gentilmente me pasa la dirección y los horarios. Voy en la noche – pues me anunció que atienden 24 horas– creyendo que encontraré menos gente. Atravieso un pasillo entre personas que tienen algo que resolver en los juzgados –es viernes, son las 9 de la noche– y un funcionario me informa que lamentablemente no puedo realizar la demanda: «este tipo de temas los tiene que hacer en el municipio donde sucedió el hecho». Le explico que, una vez que identifique con precisión dónde fue el impacto –en plena carretera, no sé exactamente las coordenadas, aunque las podría deducir–, el municipio en cuestión se encuentra a dos horas de la ciudad. Tendría que ir hasta allá solamente para hacer la denuncia, con el riesgo de que no encuentre la ventanilla abierta, que me falte algún papel, o que tenga que volver al día siguiente por alguna razón impredecible. Muy educado, me dice que lo siente mucho, pero por procedimiento no puedo levantar un acta en otro lugar, menos en red. Le pregunto: «¿valdrá la pena hacer todo el esfuerzo? ¿Será que encuentran al agresor?», «tal vez», responde desconfiado. Última interrogante: «¿Cuánto tiempo tengo para hacer la denuncia?», «un año» concluye.

Vuelvo a casa digiriendo lo sucedido. El seguro me dejó solo – además de darme mal las indicaciones y poniéndome en riesgo en plena autopista–, y para que sea eficaz yo debo jugar a ser policía y no permitir que el agresor escape. Esa irresponsable actitud podría costarme caro, jamás intentaré detener un coche que tiene la decisión de pasar encima mío si es necesario. En el mejor de los casos, la aseguradora podría responderme, siempre y cuando la justicia haga su trabajo: encuentre y condene al que me agredió. Los tres –el que me chocó, los del seguro y yo– sabemos que eso no pasará. Me pregunta mi hija: ¿Para qué pagamos un seguro tan caro si no nos colabora cuando más lo necesitamos? No sé bien qué responder. La autoridad complica el procedimiento haciéndolo inoperante y beneficiando indirectamente al agresor. No entiendo por qué en el país que tiene una de las empresas de comunicación más rentables del planeta, no hay una base de datos o algún mecanismo para levantar una denuncia en cualquier lugar o incluso desde una computadora personal.

Entretanto, «Don Vergas» –esa figura acuñada en México, cuya descripción es tan grosera como certera– feliz, sabiendo que su acción jamás será castigada. Quedará protegido entre las trabas de la justicia y la inoperancia de la póliza del seguro. Entiendo mejor por qué aquí se inventaron sentencias como: «el que no tranza no avanza», o «el gandalla no batalla». Como siempre, el ciudadano agredido solo, engañado por el mercado de los seguros que son eficientes sólo para cobrar, no así para responder; por el Estado disfuncional que pone vallas a la víctima, y por el agresor que, protegido por la ineficacia de la autoridad y la trampa del seguro, actúa libremente sin riesgo ni consecuencias. Estado, mercado y matón, contra ciudadano agredido. Nada nuevo.

Chicago

Chicago, cuántas veces has pasado a mi lado, y nunca te descubrí. Te he leído, te he escuchado. Ahora llegas. Todo surge de manera sorpresiva, un regalo. Mi amigo y colega que conocí en París cuando ambos fuimos profesores invitados en la Sorbona, me invita a que dé unas conferencias a la Universidad de Notre Dame, que está en South Ben, a dos horas de la gran ciudad. No dudo en aceptar.

Llega el día. Hago mi maleta pequeña, sólo tengo diez kilos de equipaje de mano; 50% lo ocuparé con los libros que tengo que llevar, lo demás ropa y un mezcal de regalo. El azar me sonríe: voy a finales de octubre, me acoge el colorido otoño y las vísperas de Halloween, la fiesta más dinámica de Estados Unidos.

El primer día camino por Evanston, donde estoy alojado, un suburbio elegante al norte, a 20 minutos en tren. El paseo es un traslado al universo de colores y tonos que regalan las hojas de los árboles, en plena transición, a medio camino entre el verano y el invierno. En ese estado intermedio, entre el verde intenso y el vacío, cada árbol exhibe su encanto. Hay hojas amarillo intenso, rojas, rubí, anaranjadas, cafés, beige y todas sus combinaciones y degradé posibles. Salir a caminar es un paseo, es entrar a un sueño generoso en sensaciones y ambientes. Las calles anchas, apacibles, con varios metros entre la calzada y la entrada del domicilio, sin reja, con varios árboles en el jardín que riegan como nieve sus hojas cuando el viento las arranca de las ramas. Al rato, me veo caminando encima de la alfombra de

colores. No sé dónde detener la mirada, en la hoja rubí que acaba de caer y que la recojo del piso, en el tronco del árbol que las retenía con elegancia, en el viento que las levanta en un baile romántico y armónico. Donde mire hay magia.

Y es tiempo de fiesta. En unos días los niños pasearán por todas las puertas, disfrazados, pidiendo dulces: «Trick or treat». Varias casas se toman en serio la celebración. Imagino cuánto tiempo invierten en adornar sus espacios, sus ventanas, sus balcones. ¿Por qué?, ¿qué les atrae tanto a los estadounidenses de este momento? Los jardines tienen esqueletos, brujas, calaveras, huesos, piratas –estamos lejos del mar–, tumbas. Hablo con varios dueños de casa que lucen orgullosos sus arreglos, cuentan que están esperando a los niños, nuestra conversación fluye entre bromas y halagos. Se combinan las palabras sobre el miedo, la estética y el juego. Los arreglos evocan brutalmente la muerte y el esqueleto como su más dramática expresión, pero van de la mano del buen gusto en la decoración, de la simpatía. Es el juego a tener miedo, es quitarle contundencia a la muerte, convertirla en un entretenimiento infantil sin drama. Es creerse que no se le teme, olvidarse de ella, hacer a un lado su rostro tenebroso y a través una fiesta en su honor.

Entretanto, los adornos combinan mensajes políticos. Varios jardines tienen el cartel «Black lives Matter» sembrado entre el pasto. Me dicen que lo pusieron ahí cuando estalló el movimiento aquél, y ahora toca compartir el lugar con los huesos de plástico regados entre tumbas artificiales. Política y cultura. En alguna casa, la fiesta de Halloween es motivo para dar lugar a todas las manifestaciones y demandas sociales, incluso religiosas. Un cartel sintetiza el manifiesto de lo que podría llamarse la izquierda norteamericana: «We believe: Black lives matter. No human is illegal. Love is love. Women's Rights Are Human Rights. Sciences is real. Water is life. Injustices Anywhere Is a Threat to Justice Everywhere».

Al día siguiente me toca ir al centro de Chicago. Mientras viajo en el vagón, pasan por mi memoria las lecturas que hice de los sociólogos de la legendaria Escuela de Chicago, de quienes aprendí no sólo el sentido de lo urbano sino quizás, sobre todo, la importancia de la escritura y la descripción en el ejercicio de mi oficio. Tengo presente aquel clásico libro, *Entre las cuerdas*, de Loic Wacquant, donde el autor nos narra su proceso de inserción a una escuela de box en un barrio negro, y la regulación de la violencia a través del deporte. Dilemas de sociólogos: Wacquant en algún momento se preguntó si su camino no sería la vida de pugilista; a mí la pregunta me vino en varios momentos, con la teología, con la fotografía, con la narrativa. Y entre que indago en mis patios interiores, el tren llega a mi destino.

Camino un par de cuadras para entrar a la estación central de trenes, aquella que comunica Chicago con todo el inmenso país. Me viene la imagen de la Grand Central en Nueva York, donde pasé horas escribiendo y tomando café. Me desplazo entre los edificios imponentes, aquellos que rasguñan los cielos, hasta llegar al Millennium Park, donde se encuentra el «Bean» (del artista indobritánico Anish Kapoor, 2006), el frijol, que es una estructura con esa forma, pero enorme en medio de la plaza y con la particularidad de ser un espejo gigante por donde lo mires. Es la intervención estética urbana más impresionante que he visto en los últimos años. Entre el paisaje recto compuesto por edificios que rodean el parque, el Bean quiebra el trazo rectangular. Todo reflejo es curvo, deformado, irreplicable. Caminas dos metros y cambia completamente el paisaje, renace. Dos más y otra vez una nueva invención. Parece que el artista estuviera desafiando lo sólido, lo estable. Le doy vueltas a la maravilla, al agasajo de la imaginación y la vista. Voy por un lado, descubro una ciudad; por el otro, otra. No coincide, no se repite. Me miro a mí mismo, difícil de reconocermé, desconcertante. Camino por el pequeño pasaje interno, me detengo en el centro y miro hacia arriba, estoy en el epi-

centro de los reflejos, por lo que con mi cabeza volteada hacia arriba veo un círculo perfecto. Me veo, aunque es una forma de decirlo. Me viene la imagen de «El hombre de fuego» de José Clemente Orozco en el Hospicio Cabañas en Guadalajara, aquel mural que desafió lo estable, la perspectiva que modifica la percepción, el hombre en llamas que cambia de posición –o más bien se transforma la sensación transmitida– de acuerdo con el punto de vista: desde una esquina, el hombre de fuego desciende; desde la otra sube; una más: flota. Anish Kapoor soñó a Orozco; y más: diría que rinde un homenaje al muralista mexicano, maestro de las perspectivas. Decía José Martí que toda la belleza del mundo cabe en un grano de maíz; Kapoor parece haber entendido el mensaje, con la forma simple, básica, banal de un frijol, renueva el sentido urbano de Chicago y nos regala una metáfora de la fluidez de la sociedad contemporánea.

Sigo el consejo de un amigo y tomo el tour de arquitectura que va por el río. La descripción es especialmente interesante. Descubro que las monumentales construcciones tienen movimiento, que el viento es tan fuerte que necesitan flexibilidad, pues se ladean un metro a cada lado sin que nadie lo perciba. Las estrategias de la ingeniería para mantener la estabilidad son de lo más sofisticadas, desde huecos en determinados lugares, hasta un sistema hidráulico interno que permita la distribución de los pesos y los equilibrios. Lo sólido no siempre lo es. Y en México decimos cuando algo es inofensivo: «como el viento a Juárez: no le hizo nada».

También me entero que en Chicago la relación con el río, en general con el agua, fue tan perturbadora como en otras grandes ciudades. Primero fue «colonizada», receptor de todos los desechos. Nadie quería vivir en sus riberas por el mal olor y la suciedad. Como en otros lados, la vida se la construyó de espaldas al río. Tuvieron que pasar muchas décadas de explotación y contaminación de las aguas para que se emprendan programas que reparen los daños. Se levantan

taron nuevas construcciones con otras exigencias, y poco a poco las orillas devinieron el lugar máspreciado de vida y paseo. Algo similar sucedió en París, en Buenos Aires.

En términos geopolíticos, el agua fue un factor capital en la consolidación del este de Estados Unidos. Por el río la comunicación y el comercio fluyeron desde Nueva York hasta Nueva Orleans, del Pacífico al golfo, uniendo poblaciones distintas. Termine mi paseo con el descanso de la comida. Entro a Shake Shack, la tienda de hamburguesas que conocí en Nueva York; sencillas, con productos orgánicos, precios convenientes y con especial aura política, pues se dice que Barack Obama iba ahí.

La última parada de este viaje es en Notre Dame University, en South Bend, a un par de horas de Chicago. Pasear por su campus da la sensación de una mezcla entre las antiguas construcciones de las universidades europeas donde estudié –en Lovaina por ejemplo–, y la expansión frondosa de los cuidados jardines americanos. Estos «paraísos académicos», como los llamaba Roger Bartra, son espacios especialmente cuidados y atendidos en todos sus detalles. Entro a la biblioteca, a las aulas, a las oficinas administrativas. Paso al lado del campo de fútbol americano, el gimnasio, la gruta de oración –es una universidad católica–, el lago. Todo me transporta a mis años lovainenses. Pero acaso lo más curioso sucede en el edificio central: una imponente construcción de cuatro pisos, con una gradería que termina en la puerta central y una cúpula dorada con una efigie en la cima. Cuando entramos al inmueble, mi amable amigo que me acoge y que me invitó a esta maravillosa experiencia, me dice que tenemos suerte, podremos ver los cuadros. Explícate, le pido inquieto. Me comenta que el pasillo de entrada tiene cuadros en gran formato a ambos lados que narran la vida y travesía de Cristóbal Colón. Dos de ellos son especialmente ilustrativos: en uno está siendo recibido por los indios que le brindan pleitesía, en el otro se presenta frente

a los reyes con sus logros y súbditos: indios y negros. El caso es que los cuadros que estuvieron por años en el mismo lugar fueron ahora percibidos como un insulto humillante, y comunidades de indios –a quienes, por cierto, les pertenecía parte de los terrenos donde se instaló la Universidad– protestaron enérgicamente. Se nombró una comisión para dar una salida que fue ambigua: no se removerían las pinturas, no se las quemaría, no se haría unas nuevas obras en honor al mundo indígena o alguna de las múltiples «soluciones» posibles, sino que se las cubriría con una tela movable con motivos indígenas y las quitarían cuando fuera necesario. Pues bien, mi llegada coincide con esa ocasión, un pequeño anuncio lo informa: «los revestimientos que normalmente están en su lugar, serán removidos por razones institucionales en octubre del 24 al 28». Justo los días que estoy aquí.

El episodio de los cuadros es parte de la discusión de la cena con varios académicos. El tema de la raza y la identidad está en el centro del debate americano, con distintas orientaciones, desde la que lo reivindicaban con entusiasmo, hasta los críticos. Lo más interesante es que se cuenta el caso de las «fake identity», refiriéndose la estrategia de algunos académicos que, haciéndose pasar por pertenecer a alguna minoría (negra, latina, etc.), adquirieron beneficios, puestos e hicieron carrera universitaria, siendo que, en realidad, poco tenían que ver con cualquiera de aquellos grupos. La pregunta de fondo es: ¿cómo se define una identidad, una pertenencia étnica?, ¿es el argumento biológico el que debe primar?, ¿es el cultural?, ¿ninguno de los dos? Debate complejo.

Vuelvo a la ciudad para emprender el retorno. Cierro con el mejor de los sabores: la última noche mi amigo me invita a cenar a un restaurante francés en el centro de Chicago. Llegamos y está repleto, por lo que nos toca sentarnos en la barra. Me dice que suele preferir esta opción porque es como tener el mozo para uno solo. Y tal cual. Corre la noche. El barman nos va sugiriendo y orientando, es un per-

sonaje de película: grande, de rasgos toscos, habla fuerte, generoso y torpe a la vez. Comemos anchoas, fuagrás, tuétano, acompañado de un vino blanco fabuloso. Coronamos con un postre con la exquisitez de la repostería francesa. Al final de nuestra velada, recordamos aquel pequeño local de vinos que mi amigo me hizo descubrir, cerca de Montmartre en París, a unas cuadras de mi casa, un par de años atrás. Cuántas noches habremos pasado ahí, entre vinos y quesos. Comer y beber, la mejor manera de cerrar el encuentro.

Dejo Estados Unidos nuevamente con sensaciones encontradas. Encantado por la lógica urbana de Chicago, impresionado con la infraestructura universitaria, atraído por la discusión académica, meditabundo respecto a las soledades, nostalgias y vacíos de la vida cotidiana. Vuelvo con la valija llena.

Pelea de perros

Claudia, mi vecina que vive años en mi pequeño edificio de cuatro pisos en Coyoacán, salió a pasear con sus cuatro perros como siempre lo hace a las ocho de la noche. Cuando volvía, tuvo que atravesar por el grupo de borrachos –y a menudo consumidores de marihuana– que se reúnen a la misma hora casi en la puerta de la construcción, también con sus animales domésticos. Nada nuevo: se conocen desde niños, su madre era la maestra de la escuela pública de la zona y los chicos que ahora son adultos, igual que Claudia, eran sus alumnos. Viven en la vecindad de al lado.

En lo que Claudia, su hijo de 18 años y sus cuatro perros se abrían paso entre botellas vacías en el semicírculo de los bebedores, los canes empezaron un intercambio de gruñidos que luego fueron ladridos y pelea. La tensión creció y en pocos segundos los golpes llegaron a los adultos, entre otros, el hijo contra uno de los ebrios agresores que terminó siendo el más lastimado.

La trifulca creció involucrando a toda la cuadra, la gente salió de sus casas, tomó la calle o se acercó a sus ventanas. Entre gritos y ladridos, puños y botellas, insultos y jaloneos generalizados, llegó la policía bastante más tarde de cuando habían empezado el desmadre. La patrulla, que constaba de cinco uniformados, intentó poner orden, lo que incremento la tensión. Decidieron que tenían que detener a uno de los borrachos, pero éste, frente al pequeño contingente, los desafiaba con altanería desde la entrada a la vecindad: «llévenme cabrones, llévenme!»; a la vez, se dirigía hacia Claudia, y en reali-

dad hacia todos los del edificio que veíamos el espectáculo callejero: «para llevarme a mí, necesitas cincuenta de estos cabrones, ¡y lo sabes!». Su mensaje de guerra reposaba en su cuerpo –tenía un físico cultivado– y en la seguridad que le ofrecía estar en la puerta de su barrio, con la certeza de que todos saldrían a apoyarlo si la cosa se ponía más fea.

Entretanto, el borracho inició la pelea, desde media calle gritaba a en dirección de nosotros que observábamos desde la ventana: «¡esto es una guerra contra los del edificio, todos van a chingar a su madre, todos!». Otra persona le decía directamente a Claudia: «si levantas una demanda en el Ministerio Público, te las vas a ver conmigo, te voy a matar, perra, te lleva la chingada». A la vez, le recriminaba por haber acudido a la autoridad: «te dije que no quería que llames a la policía, ¡te lo dije!». Como el pleito adquirió dimensiones mayores, ya con mucha gente en la cuadra, continuaron los intercambios. La esposa de uno de bebedores le recordó a Claudia que alguna vez les había dicho algo a sus hijos y le advirtió: «te prohíbo que te dirijas a ellos», mientras que su marido repetía que ella trabajaba en la alcaldía, muy cerca al alcalde –«trabaja con él en su oficina»–, por lo que debíamos cuidarnos –ya sabíamos que era la operadora política de un partido de izquierda local–.

Las cosas se fueron calmando cuando la policía se retiró con las manos vacías, Claudia y los suyos, incluidos los perros, se metieron al departamento, y los borrachos continuaron la juerga en la acera hasta la hora que les dio la gana.

El bochornoso episodio dejó entrever varias dimensiones de la vida urbana en la Ciudad de México. La ineficacia de la policía era tan grande como la bravuconería del vecino ebrio que se atrevía a desafiar a la autoridad botella en mano en flagrante violación de las normas. Imagino cómo reaccionaría la autoridad policial en otros países y contextos. El borracho trataba de demostrar que es él quien

marca la ley en ese territorio y que no tiene por qué obedecer a nadie. A la vez, la exigencia de no llamar a la policía implicaba que las cosas tenían que regularse al interior de las reglas de la calle, donde Claudia era la desprotegida. ¿Para qué las leyes?, ¿qué tiene que hacer una autoridad aquí? A la vez, la amenaza de muerte en caso de denuncia significaba que si el conflicto atravesaba por una instancia jurídica –que sabemos es tan ineficiente como la policía– la que sufriría las consecuencias sería la víctima: el agresor jamás pagaría su afrenta, y Claudia tendría que arreglárselas sola. Y la cereza del pastel, la valentía de los borrachos reposaba en un pilar más: su vínculo político directo con la burocracia local.

El esquema de la violencia en el barrio era el resultado de la combinación perversa de la fuerza física de los vecinos, la ausencia e ineficacia de la autoridad (policial o judicial) y la aceptada relación de grupos violentos con partidos políticos que controlan la alcaldía. Al medio, los ciudadanos que ensayan la sobrevivencia lidiando con matones, borrachos y funcionarios.

Sí, las reglas de la anárquica pelea de perros donde sobrevive el más fuerte se traslada con igual facilidad a la confrontación entre vecinos: el macho del barrio tiene las de ganar. Cosas de perros.

San Shakira factura

Cuando supe que Shakira daría un concierto en la Ciudad de México, compré un boleto sin dudar. No es que sea un seguidor ciego, pero no son pocas las ocasiones en las que he cantado sus canciones a voz en cuello, he repetido sus letras y he fantaseado con sus historias. Y demás decirlo: su sensualidad es simplemente desbordante.

Llega el día. Voy con mi hija y varios amigos. En el camino, los niños en el coche cantan demostrando un conocimiento mucho más detallado que el mío en el tema. Antes de llegar a la puerta, nos espera un túnel con decenas de quioscos que ofrecen productos vinculados a la cantante: playeras, bolsas, tasas, vasos, mochilas, afiches, pelucas moradas. Vaya, hasta venden clínex gritando: «illéveselo a diez, recuerde en los baños no hay papel higiénico!». Todo lo que guarde el recuerdo de lo que viviremos. Está claro: no sólo ella factura, a su lado se monta el comercio informal mexicano que saca provecho de su imagen.

Cuando estoy en el centro del escenario, procedo con mi observación de sociología básica. La mayoría de las personas son de clase media para arriba, pocas expresiones populares. La edad oscila entre los treinta y cincuenta y cinco años. Hay algunos niños de ocho a doce años acompañados de sus padres. Pocos tienen algo especial en su tenida, están vestidos de fiesta, nada más, a lo sumo las pelucas moradas y *caderín*. Un 60% de las personas son mujeres.

El espectáculo empieza acompañado de gritos. Somos, según dicen, 65 000 almas reunidos por una mujer. La veo al fondo, diminuta

(y eso que no estoy muy atrás). Como soy alto, mi vista esquiva los brazos levantados con celulares que filman el momento. Imagino que los demás no ven nada, sólo registran para reproducir después fragmentos del concierto en sus redes. Eso sí, la enorme pantalla del centro proyecta lo que, deduzco, está pasando en el escenario.

La experiencia es especial, no me quejo, la disfruto. Pero me da la impresión de estar en un evento no a escala humana. He visto muchos conciertos, desde U2 hasta Caetano Veloso, en México, en Bolivia o en Europa, cada uno con su estilo. Siempre son momentos de masa frente al mito, pero aquí la distancia es exagerada, la tecnología tiene un rol demasiado protagónico, me pregunto si Shakira en verdad está ahí. Recuerdo que en un concierto de los Rolling Stones en Bélgica, luego del espectáculo de luces, se apagó todo, quedaron los músicos con sus instrumentos, en una tarima al centro del público, y empezaron a tocar. Fue impresionante, ellos y nosotros, pura melodía, pura poesía. Aquí la atención se dispersaba; entre el baile, la sensualidad, las luces y los videos, el espectador –al menos yo– quedaba confundido.

Me perdí muchas canciones. Tal vez no conocía más que 40% de los temas. Es que me quedé en la primera Shakira, con aquella que, con su guitarra, su pantalón negro, su cabello desordenado, su voz, sus historias y su cintura, desafiaba al mundo. Me quedé con la promesa, me perdí en el resultado.

Shakira tuvo la opción: renovar el rock latinoamericano, o incorporarse al mercado norteamericano como la latina sensual, sometándose a sus exigencias. Lo dijo en el concierto: quería cambiar el mundo, y el mundo la cambió, o más bien se la comió, la convirtió en el producto comercial más exitoso de la música latina en Estados Unidos. Enroque: de Barranquilla a Miami. Pudo dialogar con Gustavo Cerati, homenajear a Chavela Vargas, soñar con Elis Regina; prefirió competir con Madonna desde el encanto colombiano. Cada

quien escoge su rival. Pudo afinar la voz, complejizar la composición, elevar sus palabras; prefirió destacar la danza, explotar el cuerpo, encender los reflectores. Olvidó lo que decía Octavio Paz: mucha luz enceguece. La comprendo, imposible competir contra el éxito, inevitable sucumbir ante la fama.

Su último álbum tal vez es la cúspide de esa agenda. Volvió público lo íntimo, sacó provecho de su llanto para transformarlo en divisas. Hizo magia: convirtió la ruptura amorosa en éxtasis, las lágrimas en monedas. Se montó en el lenguaje de moda, en la trama de telenovela, simplona, conservadora, evidente, pero eficaz. Abandonó la poesía, se abandonó a sí misma, dio la espalda a su pasado. El resultado fue impecable, además batir récord en ventas, en algún momento todo el estadio gritaba: «¡chingue su madre Piqué!».

Y dio un paso adelante. Si bien todo artista coquetea con la figura del profeta, pocos se atreven a encarnarlo. Shakira lo hizo. En algún momento del espectáculo, en las enormes pantallas salían sus diez mandamientos, una mezcla de máximas morales y mensajes de autoayuda, y al terminar la música, quedaba en la pantalla una loba enorme, como una estatua que merecía veneración. La loba empezó a recolectar devotos. Mientras nos retirábamos, entre los pasillos de quioscos apareció un joven vendiendo estampitas de San Shakira –sí, «san», y no «santa»–, con atuendos de virgen y las manos en posición de rezo.

Volví a casa confundido, no sabía si fui a un concierto, a una ceremonia religiosa, a un mitin ideológico. Tal vez simplemente era una híbrida combinación posmoderna. No se engañen: disfruté muchísimo. Canté, bailé, grité. Terminé ronco y cansado, sin que me importe ser parte de quienes colaboraron a que la gran Shakira facture. Finalmente, eso somos: emociones, y la loba, en eso, es una maestra.

Las sorpresas de Santiago

Salgo por las calles de Santiago. Primera parada obligatoria: La Moneda. Cruzo la calle tarareando por dentro «yo pisaré las calles nuevamente...». Pablo Milanés me acompaña, a la par de los grandes íconos que por años han sido un referente político. Veo las ventanas y no dejo de pensar en lo que significó aquel dramático 11 de septiembre de 1973, el Golpe de Estado, el sacrificio de Salvador Allende, sus últimas palabras, su mensaje grabado que lo escuché repetidas veces.

Sigo mi ruta. En realidad, mi objetivo es encontrar un café donde pueda preparar la conferencia de mañana, por lo que me invitaron aquí, leer y corregir el texto que escribí hace unas semanas. Ya estoy en el límite de la fecha de envío. Identifico varias opciones en el mapa de mi celular, pero no me decido por ninguna. Otra vez será el azar el que me conduzca.

Veo un restaurante bien calificado en mi navegador de internet, su nombre en el cartel de entrada tiene unos granos tostados, parece que saben. Lo evalúo por fuera: al fondo hay una barra con una gran máquina cafetera, símbolo de buen trato y de conocimiento del oficio. Además, huele a café. Todo bien.

Entro. Lo primero que veo son preciosas mujeres con minifalda morada, blusas rosadas escotadas con los hombros descubiertos. No me espanto, no huyo: procedo. Me siento y viene una guapa mesera con acento venezolano a pedir mi orden. Sigo con mi agenda previsible: un expreso cortado doble –digo nervioso, un poco desconcer-

tado—, tiene internet, ¿cierto? Indago para simular naturalidad. Sí, responde con una sonrisa.

Me trae el café con un vaso de agua con gas al lado; conocen cómo se disfruta un buen expreso. Entre que intento concentrarme en mi conferencia sobre religiosidad popular, claramente en un lugar disfuncional para mis propósitos científicos, me aturde que a cada rato pasan chicas vestidas de discoteca, todas hermosas, sirviendo a los clientes. Me detengo en los detalles y caigo en cuenta: todos somos varones, más o menos de mi edad.

Soy profundamente tímido y, sobre todo, como sugería Kundera, me inhibo frente al aire de inaccesibilidad que despliegan las mujeres demasiado bellas. Pero mi curiosidad sociológica se impone y mi inquietud de cronista me desborda. Mi amable mesera se acerca y empiezo a dialogar con ella. Parto con toda franqueza: oye, le digo, soy extranjero, vine buscando un café y me encuentro con un local donde las chicas son guapísimas y vestidas para una pista de baile. ¿De qué se trata? No entiendo.

Me dice que esta es la característica del local y, como buena caribeña, se explaya en su relato sin necesidad de mayor interrogatorio. Me cuenta que vino de Venezuela hace cinco años, que tiene un hijo de seis, que es licenciada en derecho y que piensa irse a Estados Unidos. Su historia es fabulosa: se casó con un amigo chileno gay para poder entrar al país, luego se divorció, ya tiene papeles, trabaja legal. Todas las chicas aquí son extranjeras, una colombiana, una cubana, otra venezolana. Me cuenta que su función es atender, charlar, hacer pasar un buen momento a los clientes. Nada de prostitución, no se puede sentar en ninguna mesa ni dar sus datos personales. De hecho, me cuenta que se molesta cuando le ofrecen sexo o se ponen groseros «porque me ven con minifalda». Me dice que su trabajo es cansado, los tacones hacen doler los pies al final de la jornada. Pero gana bien, mejor que lo que podía recibir en un despacho de abogado ejerciendo su profesión, especialmente por las propinas.

No puedo con mi sociología. Le pido que me haga una tipología de los clientes. Dice que hay los que vienen buscando sexo, que son los peores, pero se los bloquea rápidamente. Luego los chistosos con plática divertida, también están los que solamente quieren distraerse, charlan amable y ampliamente sobre su vida. Le pregunto sobre sus expectativas, sobre el futuro de su hijo. Responde pensando en lo que viene, en los planes probables y en la agenda posible, en una vida mejor para ellos algún día en el norte.

Prosigo con mi observación. Ya lo dije, sólo hay hombres, la mayoría solos, frente a una taza. Algunas mesas tienen dos personas que intercambian, pero los más son adultos en soledad, a media mañana de lunes. Alguna chica se queda a interactuar con un cliente, apoyada en la pared porque no puede sentarse en la mesa, otra recibe con soltura y hasta cariño a alguien que llega, da la impresión de ser *habitué*.

Es claro que el centro de la interacción es el componente sexual. Ellas juegan el rol de ser miradas y coquetear, ellos se esfuerzan en mostrar manejo de la situación, seguridad y galantería. No es un espacio de prostitución ni de conquista, tampoco se trata de los populares «table», que hace unos años fueron la novedad erótica. No hay contacto físico, ni baile, ni cuartos al fondo, ni arreglos futuros. Es un café, en horario de oficina, en el centro, a dos cuadras de La Moneda.

Me pregunto por qué funciona algo así, cuál es su naturaleza, qué rol cumple, qué necesidades cubre. Me da la impresión de que es una opción intermedia entre una aplicación de celular de servicios sexuales en la que se pueden consumir fantasías virtuales versus la realidad de contratar un trabajo sexual en cualquier avenida para terminar en un motel. Es como pasear por una juguetería, una vitrina cuya fórmula consiste en alimentar el antojo por lo inaccesible, que alborota sin consumir, pero que al menos deleita visualmente y permite un juego erótico con límites claros y reglas estrictas. Es un intercambio sexo-visual, con sonrisas y palabras, no caricias y humedad.

Indagando un poco, me entero que los «cafés con piernas» son famosos en la capital chilena, puestos de moda hace un tiempo y que conjugan la muy expandida práctica de tomar café a media mañana con ser atendido por una mesera especialmente atractiva. Imagino que los sociólogos chilenos tendrán hipótesis y estudios detenidos sobre el tema.

En fin, en un ambiente tan poco estimulante para mi labor académica, logro sacar mi documento sobre religión y leerlo sintiéndome arder en el infierno, entre cuerpos que pasean por detrás de las páginas. No me cabe duda: Santiago te da sorpresas.

las ciudades de la ciudad

Todos los días llevo a mi hija a su colegio que está a 15 kilómetros de mi casa. Sí, recorro 60 kilómetros por jornada, es el costo de vivir en una de las aglomeraciones más grandes del mundo: la Ciudad de México. El trayecto suele durar entre 35 a 55 minutos, dependiendo del tráfico que es una variable incontrolable, tan caprichosa como misteriosa. En realidad, no está tan mal; cuando vivía en La Paz (Bolivia), en los peores días hacía un tiempo similar desde Sopocachi a Achumani debiendo recorrer poco menos de diez kilómetros; claro, el tema no eran los autos, sino las manifestaciones.

Por la práctica habitual, sé la ruta de memoria, y como básicamente tomo el boulevard López Mateos –conocido como el Anillo Periférico, que no tiene semáforos e incluso hace unos años le hicieron un segundo piso que a veces colapsa–, he llegado a identificar todas las entradas, las salidas, los huecos, los lugares de saturación, los carriles más rápidos y los lentos. Con paciencia de budista, ya no me estreso cuando debo esperar y esperar que, a vuelta de rueda, recorramos unos pocos metros. He optado por escuchar música, platicar con mis parientes, descargar conferencias interesantes.

Sucede que un día se vio interrumpida mi rutina ya incorporada sin drama a mi cotidianidad. Para combatir la contaminación ambiental urbana –ese fantasma provocado por el peor invento del hombre, que es el automóvil–, las autoridades han implementado el programa «Hoy no circula», que consiste en que un día por semana debemos guardar el vehículo en casa, salvo los que tenemos

el privilegio de contar con un número mágico que autoriza salir a diario. Pero esa rutina se interrumpe si la calidad del aire es pésima y se declara «contingencia ambiental». En ese caso, todos debemos acatar la disposición. Yo me sentía relativamente seguro porque la terminación de la placa de mi coche se vincula al lunes, día en que es poco probable que haya contingencia (se la mide el día anterior). Pues no, hace algunas semanas, me tocó, se activó la alarma ambiental y no pude salir motorizado. Adivinaron: tuve que ir a la escuela de mi hija en transporte público.

Me desperté a las 5:30 de la madrugada para salir una hora más tarde, luego de bañarme, sacar al perro y preparar el desayuno. Caminamos cinco minutos hasta la parada del transporte, en la lateral del Periférico, debajo de una de las tres banderas más grandes de la Ciudad de México, en San Jerónimo. Primero quise tomar un taxi, pero todos pasaban llenos, tarea imposible. Aborté la comodidad que hubiera significado –unida al elevado costo– y tomamos el bus que lleva a Barranca del Muerto, que es la parada del metro. El bus es un vehículo grande y viejo que tiene un sistema de cobro antiguo, hay que poner las monedas exactas en un monedero transparente, el chofer corrobora que sea el monto correcto y aprieta una palanquita para que caigan las monedas al depósito. No hay cambio ni conversación alguna. Y parte el camión con toda la torpeza que lo caracteriza. Nos sentamos en un lugar estratégico. Vemos un paisaje que es imposible de apreciar cuando estamos en coche propio; es la ventaja de viajar dos metros por encima de la vereda y no ir muy rápido. Por mi ventana aparecen casas, árboles, edificios, jardines, y en algunos momentos apreciamos la luz del sol. El paisaje interno es también estimulante, son personas de origen popular, acaso albañiles, gendarmes o trabajadoras del hogar. Me detengo en una mamá que lleva a su hija de unos nueve años a la escuela. La niña está impecable, su cabello recogido en una cola adornada con un listón azul, el uniforme

limpio y bien planchado, medias blancas y zapatos negros. Ambas con cubrebocas de rigor. Lo sabemos bien los sociólogos: la escuela es un gran agente socializador, impone ritmos, estilos, formas de vida.

Llegamos a la parada y nos toca entrar al metro. La estación es la más profunda de la ciudad. Compro dos boletos –por una extraña razón no venden tarjetas recargables en ningún lado, dicen que se agotaron hace varios años y no las reimprimieron–, descendemos dos escaleras mecánicas largas hacia el centro de la tierra. Como en el metro hay vagones para varones y otros para mujeres, tenemos que ir mi hija y yo, en el de varones. Nos toca estar parados, hace calor, el ventilador en el techo funciona mal y es insuficiente. Mal que bien, no estamos tan apachurrados, logramos cierta distancia con los demás pasajeros. El público es más variado, igual hay madres llevando a sus hijos a la escuela, pero predominan oficinistas y funcionarios, algunos con traje y corbata, otros más informales. En nuestro trayecto, no vemos ningún vendedor ambulante de esos que abundan en otras líneas. Lo que sí, al no tener paisaje alguno por estar varios metros bajo tierra, debemos dirigir la mirada a los anuncios oficiales y las indicaciones de la línea en la que estamos. No es tan interesante como el trayecto anterior.

Arribamos a la estación Polanco, una de las zonas más ricas de México. Bajamos con la masa de oficinistas que se dirigen a sus trabajos. Cuando llegamos a la calle, aparece ante nosotros otra ciudad, avenidas preciosas con banquetas amplias, jacarandas floridas, ciclo-vías, edificios elegantes y bien custodiados. Pones un pie en el paso de peatones y todos los coches se detienen. Impresionante. Pretendo tomar taxi, pero hay dos filas de unas veinte personas cada una, no es buena idea. Claramente, todos tienen la misma estrategia: un tramo en metro y el otro en taxi. Como todavía estoy a un kilómetro y medio de la escuela de mi hija, y es tarde, no es buena opción caminar. Lo que sí me queda claro es que debemos desplazarnos a un lugar

donde podamos encontrar un taxi vacío. Vamos tres cuadras en la ruta correcta y vemos pasar un coche que lo tomamos sin dificultad. Nuevamente, la experiencia urbana es otra: vamos rápido, casi al ras del piso, dentro del auto están los adornos del chofer que personalizó su vehículo, el cobro responde a lo que dice el taxímetro activado en el momento en el que entramos. Finalmente, llegamos a la escuela quince minutos tarde.

Se ha dicho que una ciudad son muchas ciudades a la vez. El mismo trayecto en vehículo particular es una experiencia completamente distinta que hacerlo en transporte público. No mejor ni peor, diferente. El tiempo invertido es casi el mismo, pero los mundos con los que uno se topa son otros. En esta ocasión, nos tocó tomar en una hora tres transportes: bus, metro, taxi. En el bus se observan rincones que de otra manera pasan inadvertidos; en el metro vas apretado y sin vista obligado a fijarte sólo en los demás pasajeros; en el taxi es una intimidad individual sin intercambio más que con el conductor. Las formas de pago son múltiples, también los usuarios y los paisajes internos y externos. México se moviliza usando múltiples plataformas.

En fin, el encanto de esta urbe, a pesar de ser cansada, es su diversidad. Aunque definitivamente sigo pensando que la mejor manera de desplazarse es la combinación de transporte público con bicicleta, pero esa es otra historia que contaré en otro momento. La contingencia ambiental me regaló la oportunidad de disfrutar de otra manera en la ciudad.

El tren detenido

Es junio del 2016. Un amigo me invita a dar unas conferencias en la Universidad de Bielefeld, estoy en Lovaina en un congreso, no dudo en aceptar. Aunque la distancia no es muy grande, el desplazamiento implica invertir precioso tiempo que podría dedicarlo a visitar otras ciudades: cinco horas y cuatro transbordos. Acepto, sé que no hay nada más agradable que desplazarse en tren por Europa.

El viaje comienza en las primeras horas de la tarde. En el camino, como siempre, procedo con mi agenda de viajes: leer, escribir mi diario de observaciones cotidianas, tomar fotos, escuchar música, mirar el paisaje. Todo sucede como lo previsto, la puntualidad caracteriza a esta parte del mundo; sólo faltan diez minutos para llegar a Bielefeld, cuando repentinamente la enorme máquina se detiene bruscamente en medio de la nada. No entiendo qué sucede. Escucho instrucciones en alemán, imposible de decodificar para mí. Pregunto a un pasajero que habla francés y me comenta que hay un problema serio de electricidad y por tanto esto da para largo. Cierto, todo el sistema eléctrico va cediendo paulatinamente: primero las pantallas, luego las luces, por último, los motores. Sólo quedan los tímidos ventiladores. La gente se para, da vueltas, reniega, pero nadie hace un berrinche mayor, reina un clima de resignación pasiva.

Unos minutos más tarde llegan trabajadores con chamarras de color naranja fosforescente atravesando el campo, nos miran, se fijan con detenimiento en el techo de nuestro vagón. Luego policías con similar chaleco se acercan y nos toman fotos desde afuera, me siento observado, como en vitrina. Los pasillos los recorren más unifor-

mados fuertemente armados. Corre el tiempo, intento distraerme, escribo más, leo más, no entiendo nada, sólo me queda claro que esto es serio. A las dos horas de vacío, anuncian que todos los baños están bloqueados, fueron usados de tal manera que ya no aguantan más, están sucios. No hay cómo impedir el ingreso de los pasajeros, así que improvisan una cinta con servilletas de papel que indican prohibido el ingreso. Empiezo un diálogo con otro pasajero que habla un inglés tan malo como el mío, que me confirma que los cables transmisores de corriente en el techo se quebraron. Me acerco a la ventana para corroborar y los veo tirados, hechos trizas. Una voz indescifrable vuelve a tomar la palabra, otra vez en alemán, sólo entiendo «26 minutos...».

A las tres horas de espera se agotó la fuente de energía: no hay la luz, ni los últimos ventiladores que todavía daban un poco de aire. El silencio en un lugar cerrado me permite escuchar todo, desde las respiraciones de los demás hasta cómo alguien arruga un pedazo de papel. La gente bate las revistas cual abanicos. Un pasajero pregunta en inglés con acento francés al policía en tono irónico: «¿qué están esperando para abrir la puerta o alguien se tiene que desmayar?». La autoridad demudada sólo atina a decir que en poco tiempo se resolverá. Ante la insistencia, el policía explica que no pueden abrir la puerta porque está encima del cable roto, pero si alguien se siente mal puede desplazarse al vagón del frente que sí tiene una entrada de aire. Rápidamente, pasa una señora con rostro de angustia.

Encerrados en el vagón, se crea una complicidad colectiva, cada uno asume un rol y aparecen nuevos personajes: el que habla fuerte, el que se enoja, el que hace chistes, el tímido, el que se clava en su lectura. Afloran los grupos lingüísticos, como la mayoría son alemanes, hacen chistes e intercambian entre ellos; los de otras lenguas, establecemos diálogos más operativos, compartiendo información práctica.

Entre que intentan resolver el tema, vienen a mi mente muchas imágenes, desde aquella más jocosa contada por Cortázar que aca-

bo de evocar, hasta el filme –también alemán– *El experimento*, en el cual se invita a un grupo de personas a una cárcel para vivir los roles de policía y prisionero con resultados sorprendentes. Además, recuerdo alguna inquietante película que olvidé el nombre, en la cual el personaje queda atrapado en una cabina telefónica de la cual no puede salir y al final se da cuenta de que era una trampa mortal. Sí, empiezo a divagar sin rumbo, entre lo lúdico y lo siniestro. Las preguntas más absurdas y disparatadas recorren mi mente: ¿y si se trata de un atentado terrorista?, ¿y si hay algún virus en el tren y nos deben dejar en cuarentena?, ¿y si hay alguna razón oculta que no quieren revelar para no generar pánico?

Cuando pasan tres horas, en un clima de total improvisación, las autoridades deciden que podemos salir del tren, enviaron finalmente otro. Las cuestiones más básicas son un problema, reina la incompetencia: un funcionario intenta sacar una escalera para descender del elevado convoy, pero no sabe cómo hacerlo, se hace ayudar por un pasajero. Dicen que sólo reciben entrenamiento para este tipo de casos una vez al año, y se olvidan con facilidad por la falta de práctica.

Al final, nos suben a otro convoy en una operación relativamente complicada y lenta. Cuando me puedo sentar de nuevo y arrancamos, me pongo a pensar en la incapacidad de improvisación de una cultura tan establecida y protocolar como la alemana. Imagino que, frente a un incidente como ese, en México se hubiera resuelto de muchas otras maneras; en Alemania tuvieron que seguir rigurosa y rígidamente un procedimiento que imagino fue estudiado con minuciosidad y que es imposible de transgredirlo. Cero iniciativa fuera de la norma, ninguna opción de innovar para resolver lo inesperado. El resultado: la ineficacia absoluta, estábamos a diez minutos de la estación, llegábamos caminando en menos de tres horas de encierro.

Y entre que las ideas y razonamientos fluían, llego a Bielefeld a las once de la noche, cuando el plan era hacerlo a las seis de la tarde. Por suerte, mi paciente y educado colega receptor no desesperó y todavía me espera.

la bicicleta es mi ciudad

En aquellos años, a mediados de los setenta del siglo pasado, mi barrio quedaba en las orillas de la ciudad (en La Paz, Bolivia) que no paraba de crecer. Cerca de los cerros y los ríos no entubados, libres, divertidos y amenazantes, y de pastores y animales del campo circulando libremente, los niños nos apoderábamos del entorno sin medir riesgos. Trepábamos árboles, bajábamos montañas, nos revolcábamos en el barro. Pero nada era tan estimulante como salir en bicicleta.

Mi padre, que fue el responsable de enseñarme a dominar el equilibrio en dos ruedas, trajo a casa una bicicleta Hércules para mi hermana. Era un poco más grande que yo, así que me daba miedo montarla, además de tener un diseño más adecuado para recorrer distancias largas, lo que estaba lejos de mi interés de entonces. Poco después llegó lo que se convertiría en mi juguete consentido: una BMX. Era una bicicleta ruda, de freno en la llanta trasera con pedal, sillín largo, sin más aditamentos, ideal para el uso para el que fue creado: practicar bici-cross.

Mi bici fue mi medio de socialidad, que no de movilidad; la usé hasta el límite de que me salieran ampollas en las palmas de las manos para que luego se conviertan en callos. Diariamente salía a jugar con ella. En el barrio teníamos un grupo de amigos con quienes pasábamos horas montados. No nos desplazábamos mucho, siempre alrededor del barrio, pero vaya cómo disfrutábamos. Toda la zona estaba en construcción, incluidas las calles, por lo que había muchos

pequeños promontorios que servían de pistas improvisadas de *cross*. También jugábamos a policías y ladrones, unos escapaban y los otros atrapaban. Aprendimos la técnica de hacer caer al otro golpeando su llanta trasera con la delantera del agresor, o cerrarle el paso entre dos a quien estaba decidido a huir. No faltaban quienes cultivaban la acrobacia y ganaban la competencia de permanecer el mayor tiempo en una sola llanta.

Nunca recorrí grandes distancias; como mi zona tenía demasiadas pendientes, y el modelo de la BMX no ayudaba, no supe en ese momento que la bicicleta podía ser un medio de transporte. Hasta ahí, sólo servía para pasarla bien con los amigos del barrio. Alguna vez quise ir a mi colegio pedaleando, a menos de dos kilómetros. Fue una mala idea, la bici –y yo– no dábamos la talla, no volví a hacerlo. Pero la semilla de la pasión estaba sembrada.

Pasaron años y cada que podía, en cada ciudad a la que llegaba, me compraba una bicicleta. Viví en Lovaina–la–Nueva en Bélgica rodando por autopistas y bosques, hasta alguna vez me encontré con una familia de preciosos ciervos que parecían sacados de una película. Luego hice una estancia académica en Nueva York, donde disfruté de aquellas amplias avenidas y de pedalear al lado del río. Ya de vuelta, en la Ciudad de México compré una Benotto muy simplona, y salí a las rodadas de domingo por Avenida Churubusco. Pero hubo un problema mayor: como mi bicicleta era muy pesada, de muchos cambios innecesarios, de llantas gruesas y amortiguadores para montaña, no era funcional. Tenía que guardarla en el último piso del edificio donde vivía, cargándola cuatro pisos al hombro; imposible usarla a diario de ese modo.

Mi nueva relación con la bicicleta fue cuando viví dos años en París por razones universitarias. Llegué a la bella ciudad en el 2018. Me recibió, a los pocos meses, una de las prácticas más arraigadas en la cultura política francesa: la huelga. Por largos meses no hubo servicio

de transporte público. Me animé a comprarme una bicicleta. Gasté lo que hubiera invertido en tres meses de abono para el metro, pero lo recuperé rápidamente. Poco a poco, como gato curioso que explora su territorio, daba vueltas en los lugares cercanos de mi barrio, en Montmartre. Seguía las ciclovías y exploraba calles. Luego emprendí rutas más largas, hasta que al final llegué a aventarme por todos lados. Iba a la Biblioteca Nacional de Francia que estaba del otro lado del Sena, visitaba los lugares turísticos y los parques. La ciudad se me hacía chica, y no había lugar al que no llegase pedaleando. Los domingos temprano daba una vuelta grande por la ciudad: partía de Montmartre hacia el Arco del Triunfo, luego la Tour Eiffel, continuaba por el Sena hasta la Cité y volvía a subir rumbo al hogar, no sin antes pasar por la panadería y el servidor de agua gaseosa gratuita. El clima duro, la lluvia, el frío, imponían sus propias exigencias, pero nunca impedían salir en bici; la ciudad con pocas pendientes, facilitaba todo movimiento. Aprendí a manejar como lo hacen los parisinos: sin respetar reglas, tomando rutas en sentido contrario, pasándome los altos. Seguía la máxima que aprendí de niño: «en el país donde fueses, haz lo que vieres», y me iba bien, todos pensaban que era un ciclista parisino más. Aunque en París se roban bicicletas como billeteras en el metro, y me advirtieron que debía tener mucho cuidado, a mí nunca me pasó nada serio. Alguna vez se llevaron mi alforja cuando dejé la bici estacionada a la salida de un metro y me descuidé, no más que eso. Aprendí dónde estacionarla, cerca de lugares seguros, si es posible a la vista de algún guardia y con doble candado. Un día me encontré con un hombre mayor, ciclista de muchos años que me dio dos sabios consejos: tener una bici barata y poco atractiva para que los ladrones no se tienten, y no dejar de usarla nunca para tener salud física y emocional. Y así fue.

Dejé París para dirigirme a mi tierra de origen, La Paz, a gozar de un año sabático. Era una sensación extraña, volvía a mis calles,

a mi mundo luego de años de haberlo dejado, ya de adulto, pero la semilla del amor a la bicicleta sembrada en la infancia ya había dado frutos. Me compré rápidamente una bici. La geografía de la ciudad es compleja, con demasiadas pendientes y muy desordenada. Salía poco por la ciudad, sólo algunas veces, a tomar café. Aunque es una urbe inclinada y de tráfico caótico, sí podía hacer microrrecorridos prácticos por avenidas menos circuladas. Además, está permitido tomar el teleférico con bicicleta; cierto: cruzaba cielos y montañas y pedaleaba tranquilo, o sólo las bajadas. A menudo subía a la ciudad vecina, El Alto, que es totalmente plana, con avenidas amplias y con natural vocación ciclista –heredera del uso de la bicicleta en el área rural–. Pero lo más sorprendente del ciclismo paceño era trepar cerros. Me vinculé con uno de los tantos clubes, y cada domingo tenía un recorrido a cual más exigente y estimulante. Pedaleando pocos kilómetros en cualquier dirección, uno sale de la ciudad todavía no del todo destrozada por la construcción de edificios y el ecocidio dominante, y se encuentra con cerros de colores, con vistas impresionantes. Con una buena bicicleta de montaña, las subidas son menos duras, pero sobre todo la recompensa de lo que uno podrá ver impulsa cada vuelta de rueda. Además, hay múltiples paseos cercanos, como el impactante «Camino de la muerte», de La Paz a Coroico, que implica una bajada de más de dos mil metros de altura en pocos kilómetros al borde del precipicio, o la desafiante competencia que es la ruta contraria, de subida, que dura varias horas y sólo algunos pueden lograrla.

Volví a México al finalizar mi sabático con otro espíritu ciclista. Ya sabía que no dejaría las dos ruedas. Lo primero que hice fue comprar una bicicleta adecuada a la ciudad: liviana, un solo plato delantero, frenos hidráulicos de disco. Adquirí de todo lo que necesitaba para la seguridad: casco, chaleco visible, luces. Empecé a rodar descubriendo primero que la ciudad es menos peligrosa de lo que parece, teniendo las precauciones y la prudencia necesaria –a veces mucha

paciencia— se puede rodar sin correr demasiados riesgos. Aunque muchos digan lo contrario, para mí, manejar bicicleta en CdMx es menos agresivo que ir en coche, donde hay un código de violencia urbana, de competencia y de «respeto» —muy masculino y torpe—. La bici es una máquina menor que no está compitiendo con ganar un espacio, lo que en ocasiones genera incluso amabilidad. En esta ciudad hay que saber no entrar en desafíos absurdos ni en tensiones innecesarias, saber cómo evitar automovilistas agresivos o peatones distraídos. Aprendí a encontrar rutas menos concurridas que los ejes viales, saber cuáles son las calles alternas con menos tráfico donde se recorre más seguro. Descubrí cierta hermandad con tres tipos de ciclistas: los que trabajan con y en ella (vendedores de tamales, atoles, afiladores, jardineros o los inconfundibles que cargan los tacos de canasta); los que la usan como deporte (identificables por sus atuendos caros y específicos para rodar con seguridad y comodidad); los que se desplazan a sus puestos de trabajo (sea con bicicletas propias o acudiendo al sistema público de ecobici). Con todos, de distinta manera, me sentí colega: teníamos algo en común. También disfruté de los fines de semana cuando el gobierno de la ciudad cierra varios kilómetros de calles y privilegia el tránsito ciclista. Por primera vez llegué a avenida Reforma y estuve por el centro de la capital en bicicleta, no en coche, no pasando a la rápida para no ser atropellado, sino recorriéndola y disfrutándola mientras pedaleaba. Me vi abajo del Ángel de la Independencia, entré por la Alameda, llegué hasta el Zócalo, volví por Reforma y llegué hasta la Villa de Guadalupe. En un solo día hacía muchos kilómetros siendo dueño de mi ciudad, viéndola como nunca la había visto, de cerca, lento, sin prisa. Tuve el privilegio de vivir en la alcaldía Benito Juárez, a ocho kilómetros de mi oficina en la UNAM, a la misma distancia de La Condesa, a menos de un par de kilómetros de la Cineteca y del centro de Coyoacán.

Dejé guardado el coche para la salida los fines de semana fuera de la metrópoli. Los cafés, el súper, los amigos, el trabajo, el doctor, el parque, todo me quedaba a unos minutos de pedaleo.

Desde entonces, mi bicicleta se ha convertido en mi medio de transporte, y mucho más. Es la manera como me conecto con el sentido de colectividad, es como me conecto conmigo mismo, con mi cuerpo y con el entorno. Es mi manera de renovar la alegría de vivir en la ciudad.

Tianguis

Es domingo, cambio mi rutina. Mi alarma no está programada para sonar tan temprano como sucede los días de semana. Me dejo entre las sábanas, permito que los sueños tomen un poco más de tiempo, pero no mucho, hoy es día de tianguis.

Sin prisa, cuando pasa media mañana, agarro mis bolsas y me dirijo al mercado que se pone los domingos a unas cuadras de mi casa. Durante la semana es una calle poco transitada, pero el día de venta se llena de pequeños toldos normalmente protegidos con plástico rojo que se refleja y crea un ambiente particular, donde se ofrece todo lo imaginable.

Primera parada, el vendedor de aguacates. Es su especialidad, no tiene nada más. El diálogo es muy sencillo: «deme cuatro, uno para hoy y tres para la semana, ahí por el miércoles o jueves». El experto toma de su mesa el pedido, toca cada uno, y con sabiduría construida en el tiempo presiona levemente para calcular cuánto estará listo para ser consumido, respondiendo a mi exigencia. Entretanto, me hago un taco con el guacamole preparado que está sobre su mesa, agarro una tortilla fresca, le expando el aguacate recientemente aplastado en un molcajete grande, y adorno con trocitos de chicharrón que están en la bolsa de al lado. Cuando termino mi taquito, pago y voy al siguiente puesto.

Es el turno de la fruta y la verdura, segunda parada. Hay una serie de normas y procedimientos no dichos que tuve que aprender progresivamente, luego de mucha observación. Así que procedo con

la naturalidad de un experto. El puesto es grande, da a los dos pasillos, de un lado fruta, del otro, vegetales. Me paro sin decir nada en el espacio libre que queda al borde de la mesa. Espero que el marchante termine de atender a otra persona y se dirija a mí. Es toda una familia: padres, hijos, primos. Empieza preguntando: «¿quién sigue?». «Yo» respondo con decisión. Le voy pidiendo: un kilo de tomate –le pregunto si puede ser menos, me dice que no–, tres cebollas, un brócoli, una lechuga. Cada verdura es pesada en una balanza colgada que comparte con los demás vendedores, y luego la pone en una bolsa de plástico acumulándolas frente a mí. Luego las frutas: plátanos, mangos, guayabas, papaya. Cuando concluyo mis pedidos, comienza el conteo. Me va pasando cada bolsa repitiendo el precio –a veces, si son demasiadas cosas, las anota en una libretita–. Suma normalmente en la mente haciendo gala de su memoria y agilidad matemática, en lo que voy ordenando mis compras cuidando que la papa esté abajo y el tomate arriba –para que no se aplaste–, me dice el total de la cuenta que cancelo en efectivo.

Sigo, voy por los asuntos menores. Me detengo en un puesto que todo lo que vende proviene de su vivero doméstico, estas zanahorias son dulces, inigualables, las mejores que haya probado en la ciudad. Luego en el yerbero, que me da manzanilla y menta cosechada esa madrugada. Prosigo con los granos: semilla de girasol, granola, almendras y nueces. Finalmente, llego a mi tercera parada: el queso. En una vitrina están expuestas las distintas opciones: Oaxaca, fresco, panela, quesillo preparado o no. El vendedor me corta un pedazo de cada opción, las acepto sin pecado, repitiendo la frase de un amigo: «quién soy yo para decir que no». Me decido por medio kilo de Oaxaca. Pero antes de irme, veo que también ofrecen longaniza, me llevo 300 gramos.

Mientras voy *ratoneando* por los pasillos, mis ojos se llenan de imágenes, percibo muchos olores frescos y escucho frases que son

lanzadas al aire en el acento mexicano más arraigado, «pregúntele, llévele». Leo un fabuloso letrero encima de los aguacates: «no tocar, no sea tentón». Pasa un señor ciego, camina lento con su bastón por delante repitiendo como grabación en un tono sostenido y aburrido: «lleve la oblea, rica la oblea, compre la oblea». Un danzante azteca vestido con plumas y ropas propias de ese grupo se abre paso entre la gente haciendo sonar las conchas colocadas en las pantorrillas que suenan a cada paso, pidiendo dinero para «apoyar nuestra tradición». Una señora se pasea con tiras de ajos en la mano y nopales pequeños en bolsitas.

Hay puestos a los que sólo acudo esporádicamente. Uno vende inciensos, pipas y tabaco. Otro, teclados, cables para computadora, memorias USB, celulares y tabletas (no pregunto su procedencia). Alguno se especializa en música, películas y videojuegos. No falta quien tiene todo lo que se requiere para la limpieza del hogar, o el que ofrece lo que necesito para alimentar y atender a mi perra. La última vez, llevé mi reloj comprado en Francia para que le cambien la pila y la correa; lo hicieron con maestría en cosa de minutos.

Tianguis es una palabra del náhuatl que está en el corazón de la cultura en México. Aparece en las narraciones coloniales, en los murales de Diego Rivera, en la literatura contemporánea. Imposible pensar la vida en México sin acudir a la dinámica de los tianguis. Ignoro su importancia en la economía y en la circulación de mercancías, sólo sé que el gran lugar de recepción en la Ciudad de México es la Central de Abasto, donde llegan vendedores de todo el país. No hay localidad en la ciudad –sea rica, pobre, peligrosa, intelectual, comercial, empresarial, hípster– que no tenga cerca varios tianguis en la semana. Aunque, claro, variarán los productos y las formas de consumo. Cuando vivía en un barrio de clase media alta, algunos puestos ofrecían mariscos –hasta salmón, que es costoso–, otros joyas de plata, algunos compradores iban ayudados de su empleada

doméstica y los choferes estacionaban sus lujosas vagonetas en las calles aledañas.

Según me cuentan, la vida de los comerciantes es exigente. Se trata de familias enteras que dedican el día a la misma misión, por eso en el tianguis entre semana se ven niños haciendo tareas escolares, uniformes de colegio, universitarios que colaboran con la economía colectiva. El trabajo empieza muy temprano acudiendo a la Central a adquirir las mercancías y concluye al final del día cuando acabó la venta. Por eso todo lo que se ofrece es fresco, y responde a la máxima que alguna vez me comentó una amiga nutrióloga: para medir la calidad de un producto, hay que saber cuánto tiempo tardó en llegar de su cosecha en el campo al consumo en tu mesa.

Mi última parada es la mejor. Ya es medio día y estoy cansado. Llego al puesto de quesadillas de don Eugenio. Me siento en unos frágiles bancos de plástico en una calle inclinada, y hago mi pedido: una gordita, un tlacoyo y una quesadilla de chicharrón prensado con queso. Su esposa y él toman nota y empiezan con mi solicitud, mientras veo el operativo paulatinamente. Ella saca la masa de maíz verde molido, aplasta la bola en una prensa especial para que quede con la perfecta forma de la tortilla ovalada, luego la cuece en la misma plancha redonda donde el marido, en la otra orilla, empieza a calentar los rellenos. Viene el señor que a unos metros vende aguas frescas y me pregunta si la prefiero de horchata o de rompope, que son las que más me gustan. Cuando me entregan el plato de plástico colorido que contiene mi manjar, procedo con el deleite, saboreando cada bocado agradeciendo que sea domingo de tianguis. La hija que seguramente en la semana va a secundaria, se ocupa de cobrarme antes que me retire.

Sí, el tianguis es la experiencia más mexicana que he vivido hasta ahora. Y, por suerte, se repite cada semana.

Viernes de son jarocho

Voy a Xalapa a la Feria Internacional del Libro Universitario con una agenda cargada. Cuando terminan mis actividades académicas, luego de presentar dos libros y dictar una conferencia magistral, toca un giro cultural. Un amigo me da la recomendación de la noche: ve a *La Otra*, no te arrepentirás. Obediente, busco en el mapa y doy con el lugar. Es viernes.

Desde la entrada, la cantidad de símbolos por todos lados describen la personalidad del local. La pared de la calle, de color mostaza, tiene dibujado un danzante azteca cargado de los atuendos necesarios, bailando encima de un nopal, réplica de la presentación del pulque descrito en el Códice Borgia. Entro, en la primera sala al lado de la barra del bar, hay un muro atiborrado de afiches de múltiples militancias, desde mensajes como «ni olvido ni perdón», hasta consignas ecologistas, pasando por denuncias al capitalismo o un potente retrato de Francisco Toledo, el pintor y activista oaxaqueño. Pero lo mejor está en el cuarto contiguo, unos pasos al fondo.

Es un patio abierto relativamente amplio, sin paredes, piso de tierra, con techo alto –para evitar el calor– construido con troncos rústicos y bambú, que sostienen las hojas secas de palmera sólidamente amarradas. Las mesas y asientos son de madera ya desvencijada. Me siento en el pequeño espacio que encuentro libre y me pido un pulque curado de melón, pues esa es la bebida distintiva de *La Otra*. Entre paréntesis: me impresiona cómo el maguey puede ser tan generoso, es la fuente de los placeres espirituosos mexicanos, la base de la enorme diversidad de mezcales, mi bebida favorita.

Llego cuando la fiesta de son jarocho ya ha comenzado. Hay unas cincuenta personas de distintas edades, algunas familias. Todos ataviados de fiesta popular, las mujeres con vestidos ligeros de colores, unas con flores en el cabello o paliacates, algunos varones con guayaberas, otros con playeras coloridas. Los que bailan, portan zapatos o sandalias con tacos adecuados para resonar con la madera. Alrededor de una pequeña tarima para zapateo de no más de dos metros cuadrados, se reúnen todos los asistentes, unos parados, otros sentados en las sillas y mesas. No hay un escenario, es una colectividad que hace música en círculo. El que quiere saca su jarana –las hay de varios tamaños y funciones– y toca, empatando con la música que resuena. Cuento una veintena de jaranas, un par de charangos, un violín y varios instrumentos para marcar el ritmo: cajón, pandero, quijada de burro. Las canciones son larguísimas, pueden durar ininterrumpidamente más de media hora, lo que permite que cada uno se incorpore con su instrumento cuando así lo desee. Dos personas sostienen el estribillo cantando, acompañadas por los demás.

En el centro, en la pequeña tarima sólo hay dos parejas (a veces varón-mujer, o en ocasiones sólo mujeres). Quienes bailan, deben conocer con maestría el zapateo, pues son en parte responsables de la cadencia en la que se sostiene la melodía. Las parejas del centro no sólo bailan: tocan, ordenan, organizan la música. El baile es rotativo, quienes quieren ingresar al zapateo, dado que la pequeña tabla no soporta más de cuatro personas, tocan en el hombro a la pareja que está zapateando, que de manera ordenada se retira dándoles el paso, hasta que lleguen los próximos y repitan la operación. Como las canciones son largas, permiten que varias duplas roten por la pista, hasta que concluya la música con un efusivo aplauso colectivo. Se calma el ambiente por unos minutos para volver a empezar rápidamente.

El son jarocho es de las tradiciones musicales que más me sorprenden en México. Es canto, es verso, es música, es improvisación, es composición. Todos participan como pueden y cuando quieren, sin

protagonismos aplastantes. Unos tocan jarana, otros instrumentos rítmicos, algunos aplauden, los demás cantan. Nadie queda fuera. Quienes bailan, tienen una responsabilidad capital con el tempo. Las letras oscilan entre la repetición y el ingenio. En ocasiones, surgen conocidos estribillos, o a menudo pueden ser el resultado de la imaginación y juego de palabras que surge en diálogos jocosos entre los participantes. De hecho, a un jaranero le escuché por primera vez la palabra «versar», que es la operación del diálogo improvisado y rítmico que sucede entre quienes cantan. Por sus características, más que lógica de concierto, los fandangos se asemejan a representaciones teatrales: son irrepetibles, sucede lo que pudo acontecer esa noche gracias a las condiciones propias del momento. Al día siguiente, nada será igual y, sin embargo, habrá una continuidad, una tradición que se reinventa diariamente.

Entre que disfruto del pulque, veo la maestría, libertad y encanto con el que tocan todos, la destreza en los pies de quienes están al centro, el ambiente de complicidad grupal que se ha generado por la música –ojo, con moderado consumo de alcohol–, llega el toque de realidad, el lado oscuro del México actual. Aparecen tres policías fuertemente armados, con casco, chalecos antibalas, armas largas y perros que olfatean todos los rincones. Consciente del clima de violencia que impera en el país, aunque la música no para, yo salgo cautelosamente del local y en la puerta me encuentro con una docena de uniformados y tres patrullas con sus luces rojas encendidas. Les pregunto qué sucede, me dicen que es un operativo de rutina. Como sé bien que la «rutina» es una ruleta que puede terminar mal, me retiro a nuevas búsquedas. Luego me comentan los amigos que se quedaron que el asunto no pasó a mayores; tras no encontrar nada, la policía se fue permitiendo que siga la fiesta. Pero yo emprendo otros caminos. Al frente hay un salón de baile de salsa, y más allá una discoteca con música para el *perreo*. Es viernes, la noche no se acaba, pero esta crónica sí. En otra ocasión les cuento cómo terminó la noche xalapeña.

Tranzas fallidas

Cuenta Juan Villoro que en las reuniones de amigos en la Ciudad de México el tema de los asaltos es ineludible. Pero hay dos premisas silenciosas que comandan el intercambio: por un lado, nadie puede compartir más de dos experiencias; por otro lado, ningún evento podrá ser tan dramático como para que ahogue el encuentro o lo empape de la angustia de vivir aquí.

Van dos historias que cumplen con los usos y costumbres capitalinos.

Primero. Estoy en mi coche en avenida Revolución. Cuando doy una vuelta, un peatón me señala la llanta delantera como advertencia. No le hago mucho caso, sigo mi rumbo. Unos metros adelante, un segundo peatón hace lo mismo. Empiezo a creer que es cierto, y cuando un poco más adelante un tercero insiste, «me orillo a la orilla» –como sugieren los agentes de tránsito– a realizar mi propia inspección ocular.

Me bajo del coche, y con mis conocimientos profundos en sociología y nulos en mecánica, empiezo a auscultar la llanta. Giro a un lado, al otro. La miro, la pateo –suave, claro–, la empujo con mis manos. Nada de nada. Hasta aquí, diría que todo en orden. Aparece sorprendentemente un señor con overol. Me pregunta si tengo algún problema, le informo del asunto. Hace más o menos lo mismo que yo, pero con la seguridad de quien maneja el oficio y concluye: «su amortiguador está mal, es peligroso que ande así, ¿hasta dónde se dirige?». Asustado, le digo que voy cerca, un par de kilómetros. Al verme vulnera-

ble, toma la iniciativa con la estrategia del miedo: «Ojalá que llegue. Pero si quiere yo soy mecánico, tengo mi taller a la vuelta, si quiere le reviso la llanta».

En cosa de segundos empiezo a atar cabos: todos están coordinados, me quieren tranzar o asaltar. Suelo ser cuidados con mi vehículo, hace unos meses lo llevé a mantenimiento y mi mecánico de confianza me dijo que no había ningún problema. Paso revista a los individuos que previamente me indicaron un presunto desperfecto, y acudo a mi instinto. Le agradezco al señor del overol, me subo al auto y sigo mi ruta. Eso fue hace unos tres meses. He viajado a la playa y a otras ciudades del país sin ningún problema. Pronto toca nuevamente la revisión al coche. Le contaré el incidente a mi mecánico. Seguro que le provocaré una sonrisa.

Segundo. He tenido algunos pocos amigos o conocidos que han pasado a la arena política, lo que, como era de esperarse, vino de la mano de la sana distancia. Por eso me sorprendió cuando un senador mexicano me escribió un mensaje en una red social: «Hugo, mi estimado amigo, ¿cómo estás? Te envío un gran abrazo y un cordial saludo». Empezó a volar mi imaginación y mis razones. ¿Por qué me escribe? Lo conocí hace unas tres décadas cuando participábamos de grupos juveniles religiosos. Como es tiempo de elecciones y me queda claro que tiene sus ambiciones, pensé que estaba empezando una campaña en la cual, eventualmente, le podría ser útil tener contacto con un perfil como yo –me habla el ego–, lo que lo habría llevado a desempolvar viejos lazos. Respondí escéptico, casi agresivo:

Hola, qué gusto. Quiero entender que este es un mensaje personal, no político-protocolar. ¿Cierto? Que eres tú quien lo escribe y no un asesor buscando apoyo, ¿es así? En ese caso, me daría gusto retomar el contacto. Tengo gratos recuerdos tuyos y de tu familia, además vi con gusto tus intervenciones políticas atinadas y pertinentes. Como seguro sabes, me dedico a la academia hace años, ojalá podamos platicar con detenimiento. Saludos.

No tardó más de cinco minutos en responder con calidez. «qué gusto me da poder saludarte, cómo olvidar los recuerdos, aunque hayan pasado tantos años. En este momento estoy en Estados Unidos, regreso la próxima semana. Déjame tu número para estar en contacto». Se lo pasé y continuamos un rápido intercambio por WhatsApp. Quedamos de vernos en unos días, tras su inminente llegada.

Me quedé pensando en los giros del tiempo, de la política, de las amistades de antaño y aquellos años universitarios en los que soñábamos que se podía cambiar las cosas. Pensaba: «son tantos los amigos que han pasado por el poder y han sucumbido en sus encantos, pocos se salvan a la comodidad de los privilegios del mandar», cuando entró un nuevo mensaje: «¿me puedes hacer un favor?». Como hechizo que encuentra su antídoto, «me cayó el veinte». Contesté: «¿qué tipo de favor?», y empecé a hilar fino no con el código romántico de la amistad y la política.

Releí los mensajes, y como siempre, toda la información que él tenía era la que yo le había ofrecido, o lo que encontraba en internet sin esfuerzo. Fui yo quien puso los contenidos del intercambio y él sólo reaccionó retomando mis palabras; yo estaba jugando su juego sin darme cuenta. No le había dado ningún insumo que no fuera público, pero relejendo los mensajes, me quedó claro que no tenía más referencias del personaje que encarnaba. Era un fraude, y el próximo paso era pedirme dinero o algo así.

Me vinieron los argumentos obvios que desde el inicio debí tener presente y que se escondieron bajo la alfombra del ego y la amistad: un senador que busca ser presidenciable no escribe su cuenta en redes sociales, no tiene tiempo para eso y sobre todo no responde inmediatamente; sería muy raro que se fije en un académico que no tiene capital político; quien está preocupado por el poder, no escarba en sus añejas y nostálgicas relaciones universitarias al menos que

sean útiles a su proyecto. Y yo, con la ingenuidad que me caracteriza en la materia, creyéndome cuentos chinos.

Despojado de toda ilusión, bloqueé el contacto en todas las redes. Escribí a la cuenta oficial del senador en cuestión, informándole que estaban usando su nombre con malos fines. Por supuesto, como sucede con cualquier político, me respondió uno de sus achichincles tres semanas después un escueto mensaje: «una disculpa. Respondemos ahora, fue hackeada la cuenta».

Me queda claro: hay que actualizar aquellas instrucciones para vivir en México, de Ibargüengoitia.

Ocho horas en coche

mi hija llega con una novedad: tendrá un evento de su escuela en una institución universitaria al norte de la Ciudad de México. Como me propuse llevarla donde requiera para sus múltiples actividades, asiento sin dudar y, en mi ingenuidad paternal, sin pensar en las consecuencias.

Despierto temprano para salir a las 6:45 de la mañana. El destino está a 35 kilómetros, en una zona que no conozco, las posibilidades de perderme son enormes, por lo que hay que tomar precauciones. Salgo desde la Av. Periférica –la bandera de San Jerónimo– rumbo hacia Querétaro. Paso por las distintas etapas de la famosa avenida que se caracteriza por no tener semáforos. Unos tramos fluyo a 80 kilómetros por hora, otros a 20: es temperamental, bipolar, nadie sabe cómo reaccionará, su lógica es un misterio. Un amigo me decía que tomar esa ruta es una lotería, el mismo tramo a la misma hora puede durar 20 minutos u hora y media. Nada más impredecible. El caso es que llego relativamente rápido, en un poco más de 90 minutos. Primera parada, un éxito.

Me toca la vuelta. Tengo una cita para firmar un contrato de renta en el otro extremo de la ciudad. Acudo a mi aplicación para que me guíe como lazarillo. Me dice que tardaré otra hora y media, llegaré tarde, lo que sube el estrés natural de estas situaciones. Manejo atravesando los lugares icónicos de la ciudad. Voy entre centenas de coches a mi lado. Los paso sin prestarles atención, y recuerdo el cuento de Cortázar *La autopista del sur*. He usado tantas veces esa

historia en mis clases de sociología. Es perfecta: el lazo social entre los conductores se reduce al intercambio básico y las reglas del uso del asfalto. Cuando hay un incidente que perturba la normalidad, todos se detienen y empiezan a salir de sus cápsulas. Cambia la naturaleza de la relación con el otro, el dueño de una marca adquiere un rostro, un tamaño, una forma de vestir, un olor; se crea una historia, hay pláticas, miradas, intercambios, risas, juegos. Hasta que el tráfico vuelve a fluir, y todo queda en el recuerdo. Es un ejemplo preciso –y precioso– de cómo se construye una relación social, y cuándo se diluye.

Mientras divago recordando mis lecturas y trayéndolas a mi entorno para enfrentar el tedio, llego a las Torres de Satélite, aquella hermosa obra arquitectónica que fue un ícono del nacimiento de una nueva forma de vida urbana, en manos de, entre otros, el notable arquitecto Luis Barragán. Estoy en una pequeña loma, lo que me permite perspectiva hacia abajo. Veo nueve hileras de coches distribuidos en tres vías separadas, todos rumbo al centro de la ciudad. Hundo la mirada en el espanto de los cientos de coches. Y refrendo: el automóvil es el peor invento de la modernidad.

Para ganar tiempo y no llegar demasiado tarde a mi cita, tomo el segundo piso del periférico. Es una construcción monumental, fruto del gobierno de izquierda de la Ciudad de México –la primera etapa fue inaugurada en el 2005, cuando Andrés Manuel López Obrador era el Jefe de Gobierno del Distrito Federal; la segunda, de paga, en la gestión de Marcelo Ebrard el 2012–. El diablo no sabe para quién trabaja: la izquierda facilitó que en esta urbe el principal medio de transporte sea el producto capitalista más destructivo (del medio ambiente, de las relaciones sociales, de la calidad de vida en la ciudad) beneficiando a la industria automotriz. Además, una solución siempre a corto plazo, con corta fecha de caducidad: sólo pasó una década para que en las peores horas algunos tramos del Segundo Piso

queden completamente saturados –además, que hay pasos de cobro muy caros–. Voy pensando en lo limitado del auto, en la civilización de la autopista, como decía Marshall Berman, en los artefactos del demonio de la economía, como sugería Iván Illich, y en mi convicción hacia la bicicleta y el transporte público como forma subversiva y la única esperanza para la vida en la ciudad. Y llego a mi encuentro. Tarde, claro.

Luego me desplazo por los lugares habituales. Voy a la Universidad, a las compras, a la casa. Pasan las horas, llega el tiempo de ir a recoger a mi hija. Otros 35 kilómetros. Emprendo el mismo operativo. Dejo mi departamento hora y media antes. En mi ruta, vuelvo a observar algunos curiosos comportamientos. Al pasar por un túnel donde los autos van a vuelta de rueda, un vendedor ambulante se pone al centro –sin correr ningún riesgo por la velocidad tan pausada, pero respirando aire tóxico– y ofrece desde chicles hasta cigarros. En una mano tiene una caja con sus productos y en la otra un rayo láser verde que se abre paso en la oscuridad dejándose ver a lo lejos. Un poco más adelante, otro vendedor, considerando que circulamos a 30 kilómetros por hora, puso estratégicamente letreros escritos con plumón negro en papeles de colores, encima de lo que imagino debiera ser una jardinera que nos separe de quienes van en sentido contrario: «pelón pelo rico de tamarindo, 10\$»; «Gorditas y/o doraditas de nata: 1x14\$»; «Pistache doradito rico! 20\$». Cuando la velocidad ha llegado al límite inferior –el próximo paso es estar detenido–, aparece el vendedor con todos los productos anunciados metros atrás. Su estrategia es infalible, los conductores estamos en una ruta donde es imposible no verlo, y la verdad la tentación de meterse algo al estómago para distraerse del fastidio es irresistible. Sucumbo y compro ralentizando un poco más el tráfico, lo que me hace acreedor de un bocinazo.

El uso del claxon en la Ciudad de México merece un paréntesis. Entre conductores se reproduce un código de masculinidad con la agresividad que conlleva; se ve en el otro un potencial agresor de mi dignidad y vulnerador del respeto. Por eso todos manejan histéricos sin dejar que nadie se meta en el lugar que no les corresponde, o le gane el paso. La necesidad de marcar el territorio se materializa en el insulto, y en México el peor vituperio es «chinga tu madre» o la versión más universal «hijo de puta». Sólo en este país he visto que el mayor agravio verbal transite del lenguaje oral al rítmico. En efecto, cinco pitazos, que representan las cinco sílabas de cualquiera de las dos injurias, es la manera adecuada de mostrar el enojo. Como quien recibe la afrenta no puede quedarse callado, se ha inventado la respuesta: «cabrón», que son dos pitazos seguidos. El intercambio de bocinazos en tempo correcto puede derivar en pleitos violentos, pues sabemos que quien evoca la madre ajena en tales circunstancias está jugando con fuego. En suma, decía que recibo mis bocinazos respectivos, pero tengo las doraditas de nata entre mis manos.

Ya con mi hija en el coche luego de llegar al lugar de su encuentro, me dispongo a volver. Íbamos bien hasta que empieza alguna inexplicable agitación y, como en el cuento de Cortázar, todo se detiene. Espero prudentemente, hasta que me doy cuenta de que esto no tiene futuro. Apago el motor, salgo a ver qué pasa. Resulta que, por los problemas de agua, los vecinos decidieron bloquear la avenida. Sólo tengo cuatro vehículos antes que yo, si llegaba cinco minutos antes, no tenía problema. Todo se estanca. Vienen policías que no hacen nada, y escucho los gritos de protesta: «no queremos pipas, queremos agua». Sí, ya sé que el tema del desabastecimiento del líquido vital es un drama en muchas partes de la ciudad. Me quedo atorado media hora. Al final, llegan operadores de tránsito, les pregunto qué harán, y me dicen que no hay solución, los manifestantes no se moverán de ahí, así que lo más prudente es dar la vuelta y partir en

sentido contrario. El asunto es complicado porque estoy lejísimos de casa y no tengo idea cuáles son las rutas alternas; de hecho, es un barrio peligroso. Acudo a mi aplicación para que me guíe, pero no se ha enterado del problema, su solución sigue siendo atravesar por encima de los manifestantes. Desempolvo mi práctica sociológica de entrevistador, me acerco a un vecino y le pido por favor si me puede indicar cómo salir de ahí. Me da orientaciones generales, lo suficiente para moverme, pero dando una vuelta fabulosa.

Termino llegando a casa tres horas más tarde, enojado, adolorido y exhausto. Haciendo cuentas, hoy estuve ocho horas frente al volante entre las siete de la mañana y las nueve de la noche. La numeraria evaluativa del final de la jornada es tenebrosa: habré recorrido más de 150 kilómetros. Algo falla en la civilización de automóvil. Algo hicimos mal.

Dueños de la calle

En mis tránsitos regulares por Coyoacán, en la Ciudad de México, no me deja de asombrar la relación variable entre lo público y lo privado. En algunos sectores populares, como las calles interiores de la colonia Ajusco –al sur de la ciudad–, a menudo es invisible la barrera entre las dos dimensiones, las puertas pueden estar abiertas, los niños jugando en la calzada compartiendo el espacio con los abuelos o los jóvenes que toman cerveza. Se pueden dar episodios tensos, globalmente la relación entre la sala y el exterior no tiene muchas mediaciones.

No sucede lo mismo en el centro de Coyoacán, que se ha llenado de lo que los especialistas llaman «muros ciegos», es decir, paredes sin ventanas hacia afuera que pueden abarcar toda una cuadra. En efecto, el miedo al otro ha impulsado sistemas de seguridad sofisticados que «protegen», separan a quienes viven dentro del condominio, de los que se quedaron afuera. Para ingresar, hay que atravesar por portones de fierro con guardias y sensores, dar una identificación y dejar claro dónde uno se dirige. La ciudad se ha llenado de estas islas de certezas que sellan la distancia –así sea por unos metros– con el mundo exterior y dan sensación de sosiego a los privilegiados habitantes que están dentro. Por supuesto que no es más que una ilusión, pues las lógicas internas de las unidades encerradas tienen sus propios riesgos, y cuando quieren salir a comprar pan, deben hacerlo con un guardaespaldas.

Una zona tan agradable como el centro coyoacanense, con una arquitectura especialmente atractiva para caminar, tiene desde hace algunos años varios enclaves que, abonando a la gentrificación, han construido casas herméticas que buscan calmar a los vecinos. Vaya, como si la casa de Trotski, que tenía justas razones para vivir con vigilancia en un pequeño fortín –ni siquiera eso lo salvó–, se hubiera reproducido en esta nueva era.

Pero la relación público-privado no termina en los polos sociales y sus usos del espacio urbano. Lo que más me sorprende es que, desde distintos frentes, el sentido de lo público, la calle que se supone pertenece a todos, es reinterpretado a conveniencia. Vamos por partes.

Empiezo mi paseo por el centro de la alcaldía. En la lateral de la Plaza Jardín Hidalgo, donde ahora hay unas letras de colores con el nombre Coyoacán y los turistas se toman fotos, se puso hace algunos años un tráiler adaptado para fungir como oficinas. Así, tal cual, se lo estacionó a un costado impidiendo el paseo; la autoridad, en vez de rentar un departamento, instaló un «módulo móvil» para hacer trámites. Además de tener que subir y bajar con incomodidad, sufrir las inclemencias del tiempo afuera esperando que se resuelva algún asunto, al alcalde no le importó apropiarse de un lugar que se supone es de tránsito de ciudadanos.

Camino un par de cuadras, y me encuentro con un coche que se estacionó en la acera. Sin la menor vergüenza, se trepó íntegramente en el espacio reservado para los peatones, obligándonos a bajar cuidando que no venga un coche, caminar unos metros, y volver a subir. No quiero pensar qué sucede si alguien sale con silla de ruedas: quedó bloqueado. El dueño del auto, al igual que el alcalde, decidió que ese lugar le pertenece.

Sigo adelante para documentar el absurdo. Una empresa de mudanza estaciona sus enormes tráileres en una calle. Los deja ahí hace años, nadie le dice nada, es su garaje. Sale cuando se requiere algún

servicio y vuelve al concluirlo. Pero no es todo. En plena acera, entre dos árboles ha construido su oficina, un cuartito con cuatro paredes y ventana, luz conectada directamente al poste más cercano, y anuncios de sus servicios pintados en cada una de las paredes.

En la siguiente esquina, el dueño de una casa puso unas horrendas cubetas de plástico rellenas con cemento y un fierro al centro para demarcar lo que sería su estacionamiento. Sin autorización alguna, decidió que sólo él podía dejar su vehículo ahí; cada que entra y sale, los mueve para abrirse campo.

Por último, al frente de mi departamento, la calle ha sido loteada por cuidadores que deciden quién puede estacionarse. Imposible dialogar, son sus espacios ganados a golpes. Son ellos quienes administran, imponen el precio y las condiciones de uso.

Curioso, una de las últimas normas de tránsito sanciona que se reserven espacios en la calzada, y por supuesto está prohibido hacer uso privado de lo público. Pero bueno, siempre todo es negociable. Desde la autoridad hasta el cuidador tienen potestad para reinterpretar la norma. Así las cosas en Coyoacán.

Viaje surrealista

Tardé casi veinte años en visitar el Jardín James Edward en Xilitla, San Luis Potosí. Sobraban las buenas razones: está lejos, se necesita tiempo, es caro, hay muchos lugares que conocer en México. El caso es que llegó el día; ni un pretexto más para no desplazarnos a ese sitio encantado. Vamos con toda mi familia. El viaje empieza con un paseo por los distintos pisos ecológicos en México. Partimos de la capital hacia el norte por una de las rutas más transitadas, llenas de tráileres, camiones y buses. Antes de llegar a Querétaro, nos desviamos a la derecha para penetrar en una frondosa zona verde y cálida. La sinuosa carretera nos advierte que estamos por entrar en un lugar completamente distinto. Más de ocho horas después de que iniciamos nuestra travesía, casi sin detenernos, llegamos a Xilitla, que está a 600 metros sobre el nivel del mar, y a pocos kilómetros del Golfo de México. El calor y la humedad se dejan sentir.

La primera parada, luego de instalarnos en el alojamiento, es por supuesto el Jardín Escultórico Edward James «Las Pozas». Se dice que el millonario inglés (1907-1984) llega a México a mediados de los cuarenta seducido por las orquídeas; se instala en Xilitla porque era el lugar ideal para verlas crecer y coleccionarlas. Adquiere un terreno enorme y empieza su colección reuniendo plantas de distintos lugares del mundo, hasta que una feroz helada en 1962 destruye todo lo sembrado (diez mil orquídeas). Empieza el nuevo proyecto: construir con hormigón resistente al tiempo las formas más locas teniendo como límite sólo su imaginación.

Desde aquellos años, James pasa temporadas largas en Xilitla, alternando con sus viajes por el mundo y con su residencia en Europa. Forma parte del movimiento surrealista, es amigo de Salvador Dalí, de René Magritte, de Luis Buñuel, de Man Ray, de Leonora Carrington, y es mecenas de varios artistas –además de patrocinador del Pabellón Surrealista en la Feria Mundial en 1939 en Nueva York–. El jardín refleja esa sensibilidad: escaleras que van a ninguna parte, ojos atravesados en el camino, un avión que visto desde lo alto parece un barco, arcos, hongos, bambús, gaviotas, ventanas góticas. Es evidente el diálogo de las construcciones con cuadros de esa corriente: un pasillo de serpientes se parece a un lienzo de Dalí; la fabulosa pintura de M. C. Escher con escaleras que suben y bajan a la vez, es representada en tercera dimensión. En sus obras, James conjuga el intercambio con sus amigos, sus sueños y ocurrencias, en un imponente entorno natural. Su intención no es vincularse con el mundo del arte de los polos urbanos dominantes del país, sino montar su jardín dando rienda suelta a los caprichos de su imaginación. No está haciendo carrera, buscando un público, procurando influencia y prestigio; sólo quiere plasmar sus sueños, cumplir sus fantasías. Por eso su experiencia es tan especial, se trata de un millonario inglés sólidamente vinculado al surrealismo, inserto en una pequeña población tropical a casi 400 kilómetros de la Ciudad de México. Un puente poco convencional que no atraviesa por los canales legítimos del arte y la cultura.

Es curioso. Si el surrealismo es una forma de negación de la realidad, una rebelión frente a lo que los sentidos informan del entorno, y sus representantes convocan a la imaginación, al sueño, al sin-sentido, a esquivar la razón, el entorno en el que está la obra de James es casi una contradicción. Normalmente, cuando he visto un cuadro surrealista, lo he hecho en un museo, donde el clima, la luz, la disposición están finamente planificados para captar el mensaje del artista.

Aquí, entre arañas e insectos, pájaros y humedad, mosquitos y mariposas, calor y moho, es imposible no hacerle caso a lo que dicen la piel, los oídos, los ojos. La naturaleza se siente, se respira, se impone. Y sin embargo, cada pieza envuelta en la cálida y verde atmósfera es una invitación a desprenderse de lo que nos rodea e introducirse en el laberinto de los sueños confusos de James. Es, acaso, otro rostro más de lo barroco latinoamericano.

Cuando visité la casa y el taller de Claude Monet en Giverny (Francia), quedé impactado por el vínculo entre sus paisajes más próximos y sus cuadros. Primero había conocido su obra, así que trasladarse a los lugares donde el pintor impresionista montó su caballete era como formar parte de las piezas, como introducirse en el marco. Aquí, en el onírico jardín de James, me pasó algo parecido, pero en vez de sentirme en uno de sus ambientes familiares y públicos, era como ser invitado a ser un protagonista más en uno de los escenarios de sus sueños. Ese tal vez sea el efecto más desconcertante de la visita. Me llevo una frase de James que dibuja con claridad el proyecto: «construí este santuario para ser habitado por mis ideas y mis quimeras; un mundo propio lleno de libertades, habitable sólo para aquellos que logren construir un sueño propio».

Dejamos Xilitla rumbo a la ciudad de San Luis Potosí para continuar con la experiencia su-real. Llegamos al Centro de las Artes de esa ciudad (CEARTSLP). La historia del recinto ya es impactante: fue construido a principios del siglo xx como una moderna penitenciaría. Su estructura, que nos recuerda a los estudios de Michel Foucault, es exactamente un panóptico: luego de las gruesas y elevadas murallas de piedra y algunos patios administrativos, al fondo se encuentra una pequeña torre de la que se desprenden en forma de estrella cinco columnas con celdas a ambos lados que bien pueden ser controladas desde un solo punto. El lugar ideal para que unos sean observados mientras los otros observan, la materialización del deseo de vigilar y

castigar, como nos lo enseña Foucault. Y más: es en esa prisión que Francisco I. Madero fue retenido en 1910 y donde se planeó el histórico Plan de San Luis Potosí que convocaba al pueblo a rebelarse contra el régimen de Porfirio Díaz. Ese monumento con carga histórica, política y filosófica, pasó en el 2008 a convertirse en el principal Centro de las Artes de su entidad y uno de los más atractivos del país. Hoy, la torre de control es dibujada periódicamente por artistas que reinterpretan el sentido de ver para someter, y cada uno de los pabellones está dedicado a una disciplina distinta (música, danza, artes visuales, teatro). Los espacios triangulares entre los pabellones son aprovechados para talleres y exposiciones.

No es todo. En el 2018, en el CEARTSLP se inauguró el Museo Leonora Carrington. El homenaje no podía estar mejor logrado. Se exhiben sus piezas, las enormes a la intemperie rodeadas de la arquitectura especialmente diseñada para lucirlas, y las pequeñas en los interiores de los cuartos con luces y colores adecuados, acompañadas de frases de la artista. Recorrer las piezas de Carrington es fantástico, es un deleite para la vista y un estímulo para la imaginación. Bien lo expresa Carlos Fuentes:

[...] lo que parecía extremo, excluido, suprarreal, se ha convertido en lo central, incluido, inmediato. Lo que se consideraba mágico es ahora lo racional. La lógica del sueño ha vencido la locura de la razón. Y el mundo personal, excéntrico gótico, de Leonora Carrington es hoy nuestro mundo –no el de todos, pero nuestro; no el común, pero el que significa.

Vuelvo a la Ciudad de México luego de tres días exuberantes y desafiantes, llenos de cultura y revelación, poniendo en duda parte de lo aprendido sobre la razón y la explicación, sobre el sueño, sobre la frontera de lo cierto. Vuelvo con un nuevo impulso. Creo que ya sé por qué tardé tanto en realizar este viaje: no volvería a ser el mismo.

Un domingo cualquiera

Son las cinco de la tarde de un domingo del 2018. Me dispongo a terminar la jornada en casa, tranquilo, compartir con mi familia, cenar, acostar a mis niñas para empezar mañana una nueva semana. El día estuvo agitado porque lo pasamos fuera de la ciudad, merecemos el descanso.

En la puerta de nuestro edificio hay dos autos con habitantes de la vecindad de al lado con las puertas abiertas, la música fuerte, decenas de botellas de cervezas alrededor, gritos y algarabía. Están festejando que terminó un campeonato de fútbol. Pacientemente, espero un tiempo prudente que baje la bulla. Pero nada. Sigo esperando un poco más. Nada. No tengo opciones, vivo en el segundo piso, por lo que escucho cada uno de los intercambios de afuera, mis hijas ya quieren acostarse. Cuando veo que el alcohol ha hecho lo suyo en aquel grupo, y que no tienen la menor intención de retirarse, decido llamar a la policía. Procedo, marco al número de teléfono que sale en las publicidades oficiales, donde se nos indica que los ciudadanos podemos hablar para recibir ayuda. No me responde nadie. Insisto varias veces sin éxito. Cambio de estrategia, entro a la aplicación en mi celular que se supone me contacta directa y eficazmente con la policía. Nada. Repito, no sirve. Acudo a mi última carta. Hace unas semanas con mucha pompa vinieron funcionarios a mi departamento e instalaron un botón rojo al lado del teléfono, nos dieron instrucciones muy contundentes: «sólo tienen que usarlo en caso de urgencia, si alguien los está amenazando dentro del hogar con un arma, lo

aprietan, fingen que todo está en orden, nosotros acudiremos a su rescate». Sigo el procedimiento. Me devuelven la llamada, les explico la situación y me dicen que no pueden venir, pues las pocas patrullas domingueras están ocupadas. Tal vez envíen una unidad más tarde. Cuelgo con impotencia y frustración. Sólo atino a poner en mi cuenta de Facebook un mensaje como tirando una botella al mar con un papelito dentro: «En la esquina de mi casa unos tipos están con las puertas de sus autos abiertas, con música a todo volumen y chelean-do. He llamado a la policía y no viene nadie. Patético, los ciudadanos de este país no tenemos a quién acudir».

Media hora después de mi llamada y mi intervención en redes, llega una patrulla y la cosa se pone caliente. Se estacionan en la puerta, se bajan y van a hablar con los borrachos. El diálogo no prospera, salen de las casas más personas envalentonadas y empiezan a agredirlos. Son dos contra una veintena, entre varones y mujeres. Los más agresivos se acercan a la patrulla y rompen los retrovisores a golpes. La pareja de oficiales se separa, están aturdidos y en desventaja, irrumpe un aguerrido vecino con el torso desnudo y un machete en la mano, y le pega un machetazo en la oreja al uniformado, quien al recibir el golpe se agarra la cabeza con las manos, se agacha, sube lastimado al coche y huye rápidamente, mientras el otro policía saca su pistola, pega dos tiros al aire y sale corriendo perdiéndose por la avenida transversal.

Estoy impactado con el episodio, indignado. En un arranque de rabia, con toques de irresponsabilidad y estupidez, filmo todo lo sucedido y lo subo inmediatamente a mi cuenta en Facebook. Media hora después llega, ahora sí, un cuerpo policial bien montado e intervienen violentamente la fiesta callejera. Ahora ellos son la veintena de uniformados con coches, luces y sirenas. Es el momento de gritos y golpes parejos. Entran pateando botes de plástico y disparando balines. Más que un operativo profesional, parece una pelea de bandas

de barrio. Los fiesteros responden con puños, les gritan: «muertos de hambre, los vamos a madrear». Con mucho esfuerzo, los policías se introducen al callejón de la vecindad y sacan a uno de los agresores enmanillado. Se van, pero la calma está lejos de asomarse. Sigo filmando y compartiendo mi zozobra en internet. Antes de la media noche escribo en mi muro virtual para informar cómo está todo y en atención a quienes me enviaron mensajes manifestando su solidaridad: «llegó la paz, esta ciudad es terrible, el país se cae a pedazos. No es la primera vez, pero ya terminó lo peor. Gracias a todos por sus preocupaciones».

En la noche vivo mis cinco minutos de fama. Mi video es reproducido decenas de veces y es el insumo del noticiero central nocturno —uno de los más vistos— citando la fuente y mi nombre completo. Me llaman varios amigos de toda la república preguntándome si estoy bien. El lunes la tensión continúa. Un periodista me contacta y me pide una entrevista, ya más sereno le explico que sería una insensatez. En la tarde, mis vecinos agresivos siguen siendo noticia. Cuando uno de ellos es llevado preso a la procuraduría, acuden varias familias a su rescate, entran a las oficinas públicas gritando, amenazando, rompiendo papeles y tirando computadoras al suelo, lo que queda filmado en las cámaras de seguridad. El noticiero transmite las imágenes, usando también mis videos del día anterior. Cuando termina el *show* mediático, empieza mi propio calvario.

Pasa lo obvio. Los vecinos empiezan a mandar mensajes tenebrosos. En el WhatsApp del edificio reenvían un texto: «tengan mucho cuidado porque están buscando al que subió el video». Me informan que saben que soy yo el responsable y que repiten entre ellos: «la van a pagar, lo vamos a matar». Desde ese día cambiamos el protocolo de salida en casa. Ya no vamos a pie a ningún lado, sólo en coche. Antes de entrar, llamo a mi esposa para que me espere con la puerta abierta y que vigile desde la ventana. Se acabaron los paseos

caminando y salir a correr en la madrugada. Nos empiezan a lanzar miradas agresivas, comentarios fuertes cuando pasamos en auto con las ventanas abiertas: «estos son los periodistas». Nos atacan, nos intimidan. Son semanas de vivir con miedo, con cautela, esquivando encontrarnos con ellos. Una de esas noches, viene una amiga a visitarnos; cuando se va, la acompaño a su coche estacionado a unos metros de la puerta. En la vereda se encuentran algunos de los del lío del otro día; mientras paso me dicen «este es el que grabó, si a mí me filma yo le voy a reventar la cabeza». Al poco tiempo, la agresión ya no es sólo de los que estaban en la trifulca del domingo, sino de quienes viven en mi propio edificio, me acusan de haber puesto en riesgo la seguridad de todos.

Todo acontece a unos meses de un largo viaje que debo realizar fuera del país. Entre la preparación para el desplazamiento, atravesado por tanta violencia cotidiana, decido vender el departamento antes de partir. No hay otra, la autoridad no puede protegerme, estoy a merced de los mafiosos de barrio que controlan la salida de mi casa y no disminuyen su hostilidad sistemática y sostenida. Otra vez se mueve lo que alguna vez consideré definitivo, otra «definitividad» como llamamos en el código universitario a tener un puesto fijo en la academia. Cuando compré este inmueble, lo hice pensando en que iba a quedarme ahí por una larga temporada, creí que ése iba ser mi lugar de paz, y ahora sólo quiero deshacerme de esa carga. En un domingo cualquiera, se cierra un ciclo. Hago mis maletas. Es tiempo de partir.

ADENDA I

Que nos agarre confesados

Cada marzo, la vida intenta asediarme, arrebatarme el entusiasmo. Afuera, tanta gente y autos con prisa, unos encima de otros; yo los observo desde la ventana de *El Olvidado*, un café en las orillas de Coyoacán. Llevo más de una hora aquí sentado, con los ojos entornados de espanto, sopesando la pluma en mi mano. ¿Venganza?, ¿denuncia?, ¿declaración pública?, ¿confesión de esos hechos que me lastimarán eternamente? ¿Cómo hacer inteligible el horror con letras? Escribo.

Sábado por la mañana del año 2017. Cathia, mi esposa, Canela, mi hija mayor, y yo vamos a la habitación de Anahí, la despertamos entre abrazos y risas, hoy es su cumpleaños, recién diez añitos. Día tan feliz, para mí no hay algo más en la tierra que quisiera tener. Después del desayuno, llega una tropa de niñas al departamento —son sus amiguitas del colegio— y salimos rumbo a la casa de campo en Morelos en dos coches. ¡Será la pijamada más grande que hayamos organizado! Todas van emocionadas, Cathia y Canela también, a mí me preocupa la magnitud de la responsabilidad, pero me contagian sus risas.

Llegamos a la casa y nos damos cuenta de que la conexión a internet no funciona. Uno de los dos, Cathia o yo, tendrá que ir a la carretera para conseguir señal y mandar un mensaje de WhatsApp al grupo de los papás para informarles que ya llegamos y que todas las niñas están bien —cuando falla la conexión local nos desplazamos hasta la carretera para encontrar señal, siempre lo hemos resuelto así—. Decidimos que iré yo para que Cathia pueda atender a las pe-

queñas, ella tiene más experiencia y carácter. Además de mandar el mensaje a los papás, aprovecharé para reportar el problema del internet a la empresa telefónica; Cathia le toma una foto al número del módem y me da su celular, me dice que será más práctico hacer el reporte si en un celular tengo los datos y en el otro realizo la llamada. No me gusta la idea porque implica llevarme un celular ajeno y ella podría necesitarlo, pero accedo.

Salgo hacia a la carretera. Intento estacionarme en una calle estrecha. Apago el motor del auto, la ventana está abierta, comienzo a escribir el mensaje en el celular, aprieto el botón de «enviar», levanto la mirada y, a través del espejo, alcanzo a ver que se acerca un hombre —parece alguien marginal, pienso que me pedirá dinero— vuelvo la mirada a la pantalla del teléfono. Segundos después, ¡bájate, hijo de la chingada!, una pistola apuntando a mi cabeza, por un instante cierro los ojos, luego otro tipo se mete al coche por la puerta del lado derecho y con otra pistola me golpea en el estómago, ¡ya valiste madre, cabrón!

Me bajan del auto con las manos arriba, empiezan a revisarme, me quitan los celulares. Tranquilos, llévense el auto, el celular, llévense todo, les digo. ¡Cállate pendejo!, me quitan la camisa con tanta fuerza que la rompen. Me meten a empujones al auto, uno se queda conmigo en el asiento trasero, ¡calladito, hijo de tu puta madre!, me jala la cabeza, me arrebató los lentes, me tapa los ojos con mi camisa. ¡Apúrate güey, no chingues! ¡Voy, voy güey, esta chingadera no enciende!, el otro arranca el auto, escucho que caen mis lentes en la carretera, rechinan las llantas, acelera.

¡Agáchate, pendejo! Me avienta la cabeza hasta abajo del asiento y la aprieta con su zapato torciendo mi oreja. ¿De dónde eres, cabrón?, ¿qué estabas haciendo? Ven...go de la Ciudad de México, soy profesor en la universidad y sólo estaba escribiendo un WhatsApp. ¿Ya me reconoces, pendejo?, ¡vas a reconocerme, vas a acordarte de mí, hijo de la chingada!, es éste, ¿no? le pregunta a su compañero y él afirma.

Vamos avanzando por terracería. Me quitan los zapatos y los calcetines. Me atan con prisa y torpeza, como atando a un animal rumbo al matadero. Me amarran las manos y los pies con las agujetas y me tapan la boca con uno de mis calcetines. ¡Que te agaches, pendejo de mierda!, restriegan mi cara al piso, van mis manos atadas, mis ojos vendados y siento que mi calcetín me ahoga... ¿Qué está pasando?, ¿cómo he llegado aquí?, estoy asustado, ¿de qué se trata?, tengo miedo, ¿cómo van a encontrarme?, ¿qué va a pasar conmigo?, ¿hasta dónde van a llegar? Me arde la oreja por la presión de su zapato, tengo la muñeca doblada, intento acomodarla... ¿Qué haces, pendejo? Tartamudeando respondo, recibo dos golpes en las costillas. ¿Es un secuestro exprés?, ¿me llevarán a todos los cajeros para vaciar mis cuentas?, ¿pedirán rescate?, ¿me tendrán recluido en una casa de seguridad?, ¿se equivocaron de persona o son matones que, sin contemplaciones, me pegarán un tiro en la cabeza y me dejarán botado en un basurero?, ¿quieren sólo el coche?, ¿qué quieren? ¡Que acabe todo esto, carajo!

Detienen el auto, apagan el motor, con jaloneos me sacan del carro, me tiran al suelo como un bulto; con manos y pies atados, caigo de costado, sin camisa, descalzo y tragándome el calcetín. Discuten entre ellos, yo sigo en el suelo, escucho mi respiración ahogada. ¡A ver cabrón, voltéate!, me muevo apenas, me patean. ¡Pendejo de mierda!, me voltean boca arriba, me levantan, tambaleo, me desatan las manos, me destapan los ojos —veo que estamos en medio del bosque—, me quitan el calcetín de la boca y empiezo a toser, quiero escupir, quiero respirar, quisiera gritar. Ponen los celulares frente a mí, me piden que desbloquee todas las cuentas. Intento hacerlo en el mío, pero no tengo conexión a internet porque estamos en el bosque, les explico que no puedo desbloquearlo a falta de conexión. ¿Cómo que no se puede, pendejo?, ¡desbloquéalo si no quieres que te lleve la chingada! Recibo puñetazos en la cabeza y en el pecho, me mareo. Con el otro celular pasa lo mismo, además les digo que es de

mi esposa y que no sé las contraseñas, se desesperan, ino te pases de listo, hijo de tu puta madre!, ichingadera! ¿Cuánto dinero tienes en las tarjetas, cabrón?, les respondo una cantidad no escandalosa, pero tampoco despreciable. Me pasan un papel y una pluma, me piden que les anote las claves de las tarjetas y del celular. Toman el papel con las claves, los celulares, pienso que por fin me dejarán en paz; uno me da una patada en los tobillos, arde, me desvanezco, caigo de rodillas, y el otro me jala del cabello, me golpea la cara, ipendejo de mierda!, me dice, y siento las gotas de su saliva en mi frente. Parece que comienzo a morir, sudo, lloro en mis adentros, pienso en la policía de este pinche país, siento rabia, me estremezco. Uno se acerca a mí y siento en mi cuello el helado filo de lo que parecía ser una navaja, vuelven a vendarme los ojos con mi camisa, a atarme las manos atrás con las agujetas, me amarran los pies con un pañuelo oscuro que Cathia usaba para adornar su cuello y vuelven a rellenarme la boca con mi calcetín. Se aseguran de dejarme tirado y se toman la molestia de tapar mi cuerpo con una cobija de ositos que esa mañana Anahí había dejado en el auto. Tirado como un papel aplastado, soy el símbolo de su triunfo. Escucho cómo el auto se aleja.

La vida me dice adiós, resisto, intento seguir respirando, me quedo quieto envuelto en la cobija de ositos que me extrae del mundo, pero no cierro los ojos porque si lo hago dudo que vuelva a abrirlos, escucho mi corazón agitado, mi respiración amontonada, siento cómo rozan las piedritas del suelo en mi espalda. ¿Habrà alguien más aquí?, ¿volverán por mí?, ¿dónde estoy?, no sé si estoy en el jardín de la casa de seguridad de un narcotraficante, en un basural o en un cementerio clandestino. Trato de incorporarme, se cae la cobija, empiezo a desatarme todo; con la lengua empujo el calcetín de mi boca, sale y quiero acabarme el aire, luego bajo la venda con los labios, me arrastro de espaldas y llego hasta un árbol —que es lo único que no me parece peligroso—. Empiezo a raspar hasta romper las agujetas con las que me ataron las manos y logro zafarme. Rápido

intento desatarme los pies, me cuesta porque estoy nervioso, tengo que romper el pañuelo, me apuro. Veo con mucha dificultad, busco mis zapatos, no están, trato de ponerme la camisa deshilachada, no me cubre nada, empiezo a correr sin dirección, no sé dónde estoy, en un cerro, estoy donde los árboles son el desierto y debo escapar lo antes posible... Corro sin mirar, pienso sin pensar, no es más que el instinto de sobrevivir como sea, mi respiración me confunde, comienzo a sudar, todavía siento que el calcetín me ahoga y ya no lo tengo en la boca, corro, no dejo de correr.

Me detengo. En mi cabeza escucho voces contradictorias, ¿por aquí o por allá?, no, mejor por acá. No ha pasado mucho tiempo, así que no estoy lejos de casa. Miro para todos lados tratando de identificar uno de los cuatro puntos cardinales. Por el norte, no tiene sentido porque me voy a cansar más y no sé a dónde llegaría; por el oeste, sólo las montañas; por el este, más montañas y probablemente perros bravos y hambrientos; si voy hacia abajo, me desplazaré con mayor rapidez y seguro que, en algún momento, llegaré a Cuernavaca o a alguna población del sur. No sé cuánto tiempo tardarán los matones en volver, pero si lo hacen y me encuentran huyendo se enfurecerán y me matarán por la espalda, y después arrojarán mi cuerpo a un río, a un basurero o lo desaparecerán en ácido. ¿Cuánto tardarían en encontrar mi cuerpo?, ¿cómo lo encontrarían?, ¿sólo mis dientes o seré ceniza?, ¿me reconocerían? A veces los cadáveres aparecen con la cara destrozada; tantos muertitos carcomidos, mordisqueados por los perros, sin un ojo, con medio brazo o con el rostro escarbado; tantos cuerpos quemados, acuchillados, despellejados, desaparecidos, que se los traga la tierra; tantos cuerpos vueltos nada. Me asusto más, siento escalofríos. No puedo quedarme paralizado ahí y temblando. «Todavía no la salvas Hugo José», me repito. Tengo que salir de aquí y lo mejor es tomar una ruta por la que no entren vehículos, sendas para animales, de atajos, algún camino por el cual no puedan perseguirme. Tengo que esconderme, tengo que huir.

Rápido empiezo a bajar el cerro. Estoy descalzo —yo, que no ando descalzo ni en el piso de madera de mi departamento, y ahora piso los hormigueros con placer, son arena fina—. Atravieso un basural —es agradable apretar los restos de fruta podrida—, un olor fétido, alto grado de descomposición, un zapato viejo que huele a orina y moscas que lo merodean. Cruzo un puente sobre una cañada, podría ahogarme de una vez y dejar de sentir miedo. Llego frente a un alambre de púas, cruzo por el medio. ¿Estaré pasando a la finca de un narcotraficante?, ¿habrá gente cerca? Escucho ruido de coches, me tiemblan las piernas... ¿serán los matones o alguien que podría ayudarme? Pasa un helicóptero, desesperado le hago una seña, intento brincar y alzar las manos, es inútil, con todos los árboles, no pueden verme, ¿esos son zopilotes sobrevolando, anunciando mi desenlace próximo?, no, es una visión, son sólo pájaros negros. Sigo bajando —esta mañana sentía un fuerte dolor en el tendón, casi estaba cojeando, ahora, ¿qué importa?— no veo bien, intento guiarme por ruidos, tropiezo, caigo, me levanto, sigo sin reposo, caminando anhelante, pero con pasos cada vez más débiles, sólo siento un escalofrío mortal que me adormece el cuerpo.

A lo lejos parece que está la carretera, veo casas de madera desgastadas y con techos oxidados, son construcciones abandonadas y a punto de desaparecer, pero también son una esperanza. Llego a una barda caída, me trepo, sin zapatos es complicado, pero no me lastimo. Hallo una casa y a tres niños, me acerco, pero a prudente distancia —pueden asustarse— les pregunto si está su mamá o su papá, los niños no me dicen nada —creo que más que miedo, les doy lástima—. Sale la mamá —verme ha de ser un espectáculo, estoy sucio, golpeado, ensangrentado, asustado, nervioso, con la camisa desgarrada, sin zapatos, con los pies llenos de heridas—, trato de explicarle que acaban de asaltarme, le ruego a la señora que no se asuste, que por favor me ayude, que sólo quiero llegar a la carretera. La señora les pide a los niños que sigan jugando adentro de la casa y

me ofrece sentarme en una silla que tiene a la mano, me da un vaso con agua y me dice que en un rato vendrá su marido. Espero, pero me invade la paranoia, ella podría estar en complicidad con una casa de seguridad, decido mejor irme, me cuesta confiar, le pido que me indique hacia dónde está la carretera, le pregunto si queda muy lejos y me responde que sí, que mejor me espere a que llegue su marido. Espero unos minutos, estoy muy nervioso... Tal vez los matones todavía pueden volver por mí.

Llega su marido —un señor con sombrero, pantalón de mezclilla y camisa sencilla, está acompañado por un perro que empieza a ladrarme con agresividad, me hace sentir un pordiosero, alguien peligroso—, el señor intenta calmarlo y yo empiezo a relatarle lo que me pasó, me cree y me cuenta que, hace tiempo, llegó otra persona igual que yo, pero acuchillado, desangrándose, y tuvo que llamar a una ambulancia para que no se muriera ahí en su casa... Desde entonces ando siempre armado; mi patrón es de la Policía Federal, me dio una pistola y me dijo que, si veía algo raro, disparara. Por suerte, a usted lo vi malherido, si no le hubiera disparado. Le pido al señor que me lleve a donde pueda, a la carretera o a algún pueblo. Él accede a sacarme de ahí, pero me dice que su auto no tiene la gasolina suficiente, que sólo podrá acercarme a la carretera, yo le digo gracias diez veces.

El señor me deja en el barrio más cercano, frente a un sitio de taxis. Veo a un taxista que leía una revista, no parecía muy interesado en lo que ocurría fuera de su auto, pero cuando me ve se asusta y se pone a la defensiva. Trato de explicarle, le pregunto cuánto me cobraría hasta el parque que está cerca de mi casa y si puedo pagarle al llegar. Antes de subirme al taxi, me despido del señor dándole las gracias efusivamente, pero a prisa. Ya en camino, le cuento mi historia al taxista y me comenta que a él también lo atracaron —no sé si me alivia o me angustia más saberlo—. Seguimos el camino y pasamos por el mismo lugar donde, apenas unas horas antes, yo estaba mandando el mensaje a los padres de las amiguitas de mi hija.

Poco antes de llegar a mi casa, veo a Justino —el jardinero—, relajado va caminando por la calle, cuando lo veo siento que estoy viendo a alguien de mi familia. ¡Hey, Justino, Justino!, por favor sube al taxi y acompáñame a la casa... él se sorprende, pero sube al auto. Llegamos a casa, toco el timbre, sale Cathia y le digo que no se asuste, le cuento rápido lo sucedido y le pido que me traiga ropa limpia y un balde de agua para lavarme para entrar sin impresionar a las niñas que están en fiesta. Cathia sale espantada, me mira con los ojos llenos de lágrimas, pero se contiene, me abraza, yo me aferro a ella, siento alivio, pero sigo sintiendo sobre la espalda la amenaza de la navaja, de la pistola en la cabeza, y esa sensación de que vienen tras de mí para matarme. Entramos rápido y directamente a mi cuarto intentando que las niñas no me vean, pero una sí alcanza a verme y me señala con el dedo gritando ¡ya llegó el papá de Anahí! Logro encerrarme y ellas retoman su juego. Empezamos a pensar qué hacer mientras me pongo mi ropa habitual, no sabemos si abortar la fiesta, quedarnos ahí o irnos. Lo primero es ir donde el vecino, pedirle prestado su teléfono y hacer todas las llamadas respectivas.

Tengo que treparme por la escalera que da al muro de su casa, mi vecino está jugando pelota con su hijo, le pido ayuda, se asusta al ver que tengo golpes en la cara y que me estoy saltando su barda. La chimenea de su sala arde, es acogedora, me siento en su sillón y me parece más cómodo que nunca, me da un vaso con agua y empiezo a hacer todas las llamadas necesarias para el bloqueo de las tarjetas, las cuentas, el seguro, etcétera. También llamo a Raúl —el padre de una de las niñas— y me dice que viene enseguida, resolvemos que lo mejor es no asustar a los padres de familia, pero que tenemos que volver con las niñas a Ciudad de México —y tenemos un coche menos—.

Me voy de la casa del vecino —intento trepar por el muro otra vez, como acabo de hacerlo hace unos minutos—, pero la presión en las costillas no me lo permite, empieza a dolerme todo el cuerpo. Llego caminando hasta la puerta de mi casa, entro y es la hora del pastel,

todas le cantan las mañanitas a Anahí y yo contengo las ganas de llorar, me voy a mi cuarto, ahí Cathia me había dejado hielo y un poco de su maquillaje para ocultar los golpes en la cara. Al poco tiempo todo está recogido y las niñas desanimadas por tener que volver a la ciudad, todas preguntan por qué no está el otro coche, Anahí me pregunta si lo robaron y le respondo que sí, pero que no es tan grave. En el camino, Anahí va triste, llora un poco, pero al final ella y todas las niñas se quedan dormidas. Llegamos a la ciudad, Cathia invita a las niñas a que retomen el entusiasmo de la pijamada en casa y yo, acompañado de Raúl, salgo hacia el hospital más cercano.

Me revisan los signos vitales, tengo dolor por todos lados. Me toman varias radiografías, el ortopedista me identifica dos costillas rotas, y más golpes —los labios rotos, los ojos morados, hematomas en las piernas, los pies lastimados y ensangrentados—. Vienen los medicamentos para bajar la inflamación y el dolor; antes de inyectarme, la enfermera me advierte que dolerá un poco, la aguja suelta ese líquido que entra en mi cuerpo y parece una caricia después de todo lo que hoy me dolió estar vivo. Una faja por dos meses y quince días con pastillas, tendré que dormir semisentado. Hablo con Pati, mi hermana que vive en Bolivia, se asusta, se indigna más, es media noche en México, en La Paz dos horas más. Vuelvo a casa, esta noche no podré dormir y las siguientes tampoco, estoy seguro.

Al día siguiente, la montaña de trámites que hay que hacerlos en Morelos, donde tuvo lugar el atraco. Regresamos a Cuernavaca Cathia, Canela y yo, a Anahí la dejamos jugando con su amiguita en casa de Raúl. ¿Qué se hace en estos casos? La denuncia en el Ministerio Público, así esta pesadilla que viví será jurídicamente cierta; de lo contrario, no habrá documento oficial del terror y podría todo ser invento mío —ojalá fuese mi ficción—.

Ya en el Ministerio Público, camino por los pasillos repletos de injusticias, lamentos silenciados, víctimas y victimarios, cuerpos contusos, heridos, fracturados, vaciados, los olores de las oficinas

se confunden con el olor a sangre vieja. Parece un túnel, México a oscuras. Hay un desorden infernal, abundan los gritos por la atención que tarda. Por donde yo acababa de pasar, dos con heridos de bala maldicen; un campesino se queja porque los narcos lo extorsionan y lo amenazan de muerte; una señora denuncia que su cuñado la golpea y muestra como evidencia la cabeza ensangrentada y el pecho amoratado; una pareja grita algo de un balazo en la pierna, otros gritan ¡ayúdeme por favor, ayúdeme!; una muchacha está temblando y llora en silencio, está sola; va llegando un muchacho con el ojo izquierdo hinchado, no puede abrirlo, cuenta que los asaltaron a él y a su primo —al rato llega el primo arrastrándose, con la cara destrozada, la sangre desbordándole, y otras tantas personas que no supe qué carajo les ocurrió.

Estoy en la recepción y me dicen que me anote en un cuaderno viejo, me entero de que lo que me pasó es, en términos burocráticos, «robo con violencia», y que espere hasta pasar con la «licenciada» que toma mi declaración —casi dos horas y media después—. El proceso es el siguiente: todos debemos explicar nuestro problema a la señorita de la recepción, tenemos que hacerlo en voz alta, frente a todos los demás; después, ella evalúa la naturaleza de la demanda y decide si procede o no. Llega mi turno. Empiezo a contarle mi historia a la escribiente —una mujer que debía tener más de treinta años de amargura—, anota mis datos, varias personas hacen lo mismo: toman nota mientras escuchan a las víctimas, ellas guardan los más crudos relatos, convierten en documento realidades horribles, ¡vaya trabajo!, luego todo eso se va a estanterías para alimentar a los ratones; carpetas de denuncias, de golpes, violaciones, sangre, archivos que pasan a la desmemoria. Luego me atiende un policía —un hombre obeso, con bigote abundante y que en su cara sobresalen las patillas largas y anchas—, él atiende los casos de robos de coche, me calma, me dice que lo que me pasó responde al *modus operandi* de

una banda de ladrones de autos, que no son narcos, ni tarjeteros y que tampoco se trata de un secuestro; que golpean para amedrentar, para marcar autoridad y para despojar de todo a la víctima, así ésta tarda en recuperarse y ellos tienen tiempo para ir a guardar el automóvil antes de cualquier denuncia. ¿Por qué tanta violencia?, hubieran podido hacer lo mismo sin maltratarme, sin vejarme y nos hubiéramos ahorrado tanto, le comento ingenuamente, con una racionalidad fuera de lugar; mi argumento es infantil, claro. El policía me dice que ya están tras ellos, que están tendiéndoles una trampa y que pronto van a caer —ese es el único aliento de justicia que recibo y sospecho que me he convertido en el típico caso que termina archivado, y una vida humana desechable, intercambiada por un coche—. Por último, paso al cajero automático y corroboro que no sacaron el dinero de las cuentas, tenían las tarjetas y los números secretos, pero no tomaron ni un peso, no tuvieron tiempo y no es ese su negocio, era el maldito auto.

Tiempo después, comparto mi historia en distintos medios, hay reacciones diversas: desde aquellos comentarios en los que me comparten experiencias similares cercanas, de amigos o familiares, hasta los que me pasan el contacto de psicólogos o que me sugieren acudir a las flores de Bach. En la prensa aparecen datos que a cualquiera espantan —menos a los que vivimos en México—: el 2017 fue el año más violento en veintiún años; se estima que hay más de 31 100 homicidios al año, 85 por día, más de tres por hora, son cifras oficiales, ni hablar de las fosas comunes y clandestinas. ¿Qué pasó con Luis Espinal y su propia pasión, su secuestro y asesinato en aquel marzo de 1980 en La Paz, Bolivia?, no hubo forma de que él se quitara el calcetín de la boca y contara el horror; ¿y los 43 desaparecidos de Ayotzinapa en el 2014?, nadie sabe con precisión lo que pasó. Pienso en los descubrimientos interminables de fosas clandestinas, miles y miles de víctimas en este país que va en caída libre; el escenario de

las balas, las navajas, los cuchillos, el laboratorio del terror; sus cifras de guerra: cuerpos ejecutados, descuartizados, diluidos en ácido, cercenamiento de cabezas... Irrespirable, «México lindo y querido», si me matan aquí, que digan que estoy dormido...

Estoy bien, pero cada día me cuesta más andar en la calle. A pesar de que ya no tengo el calcetín en la boca, pasan los días y la sensación de asfixia aumenta. ¿Cómo vivir después de esto? Siento rabia, encono, no se pierde el miedo, no disminuye el peligro. Siento que camino por una ciudad vacía, de población muerta, donde no llegará con ayuda nadie, y yo ando como perdido, con poca hambre, poco sueño, son las secuelas de lo irreversible.

Esa última tarde de marzo, a días del asalto, en *El Olvidado* escribí la primera parte de este texto. Luego vino mi autoexilio que me condujo a Francia. Ahora estoy en *La Recyclerie*, un café alternativo del norte de París. Sobre la mesa de este café ecológico veo mis muñecas, y las marcas que dejaron las agujetas ya casi desaparecen, tengo que seguir, me repito. Mi afán de sentirme libre del horror y de encontrarle una explicación coherente a todo lo que pasó: esto no fue una broma macabra del destino, no es «estar en el momento y en el lugar inadecuado», en cualquier lugar y en cualquier momento, cualquiera puede ser la presa y poco importa si en México perteneces a los que viven en una burbuja o a los que duermen en la intemperie. No todos vivimos para contarla —eso depende del capricho del agresor— y no todos pueden refugiarse en un café de París.

Ya en mi rostro hay testimonios del tiempo, pero parece que envejecí más. Fue el fin del mundo tal y como lo había conocido. Y ahora, ¿cómo salvar la vocación? Cuando estaba en el coche, con la cabeza abajo y su zapato me aplastaba al suelo, pensaba que, en cualquier momento, dejaría de pensar, que pasar por la muerte no duele —de hecho, no sentía dolor, pero sí una sensación muy vital de que estaba a punto de morirme, a un pasito, muy corto, rápido y sin planearlo, sin heroísmo, sin mística ni drama, sin «últimas palabras», casi sin

conciencia; tan humano, como algo que se hace en un día cualquiera—. Nada de lo material me importaba, quería darles todo, el dinero, el coche, lo que quisieran, pero que me dejaran libre, que se acabara el infierno. Fue la caída de un hombre y de sus únicas certezas: la profesión, los escritos, la familia, los bienes, algún prestigio construido a lo largo de los años. Se cayó el frenesí por alcanzar objetivos que en otros momentos me parecían importantes. Se cayó mi país o me cayó encima, y nadie está a salvo de eso, estamos condenados a que nos maten sin que nadie por lo menos se conmueva. Días antes de huir de México, hablé con un colega, me preguntó si les había visto el rostro, no, respondí, mejor, para no ahogarte en tus recuerdos, y concluyó que en esta historia hay que volver al viejo refrán: «si llega, que nos agarre confesados».

ADENDA 2

Escribir. Por una sociología narrativa Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua (La Paz, 22 de noviembre del 2023)

A Beatriz

Temprano aprendí a usar las letras de la mano de las emociones. Pronto supe que los sentimientos se montan en palabras, que la vida va en la lengua. El primer episodio que tengo en mente del uso de la escritura para emitir un mensaje, que de acuerdo a algunos autores es la definición básica del lenguaje, es aquella tarde lluviosa en mi barrio de infancia, San Miguel, cuando hice un acróstico a una vecina. Habrá sido febrero, la humedad inundaba el ambiente, la tierra expulsaba sus aromas luego de ser penetrada por las gotas. Atardecía, la luz naranja todavía se reflejaba en las tímidas nubes gastadas, en retirada. La niña estaba del otro lado de la reja, en su jardín. De rasgos finos, ojos miel, cabello lacio, castaño, largo. Yo pasaba por la acera, faltaba poco para llegar a mi casa. Me detuve, la miré y sólo le arranqué su fugaz mirada, me la guardé. No la saludé, siempre he sido demasiado tímido, seguí mis pasos. Llegué a mi cuarto y no supe qué hacer con la imagen que me rondaba sin dejarme concentrar. Saqué mi cuaderno de colegio, tomé la pluma con la que hacía las tareas de matemáticas, y empecé a escribir jugueteando con lo único que tenía: su nombre y su recuerdo.

Aquel día aprendí que en el papel cabía todo, que con las letras calmaba al espíritu. Habrá sido unos meses después cuando mi padre viajó a España a una corta estancia. El vacío se apoderó de la casa, sin saber que sería un preludio de su partida definitiva. Le mandé algunas cartas, pero el momento más intenso fue cuando, nuevamente, escribí un acróstico. José Luis. ¿Qué me decía ese nombre? Repetí la

operación: abrí un cuaderno, tomé la pluma, llené la página soltando palabras que me dibujaran su presencia. Partió el correo y unas semanas más tarde él reviró el ejercicio con mi nombre.

Luego llegó el pasaje más duro, que tan sólo al evocarlo me estremece el alma. Era jueves, 15 de enero de 1981. La dictadura marcaba el ritmo de nuestras vidas. La muerte rondaba, el miedo nos poseía. Papá salió a una reunión política en Sopocachi. Tenía que volver pronto, era un encuentro corto. No fue así. Fuimos a un evento familiar en el cual él tenía que darnos alcance. Pasaron las horas y no llegó. Volvimos a casa solos, mi hermana, mi madre y yo, algo andaba mal. Escuchamos los rumores tenebrosos: hubo movimiento paramilitar por donde él estaba, dicen que atraparon a varios, dicen que los mataron, dicen que nadie sobrevivió. Como había «toque de queda», mi madre no pudo salir, sino hasta el día siguiente. Dormimos los tres en la cama grande, con miedo, recibiendo llamadas amenazantes al teléfono toda la noche. Al amanecer, salió mamá a buscarlo, a recorrer cuarteles, cárceles, hospitales, embajadas, la morgue. Mi hermana y yo quedamos al abrigo de un pariente. Cada que le era posible, mi madre nos llamaba y nuestra conversación se reducía a una pregunta: ¿hay esperanza? Los primeros intercambios eran, si no alentadores, al menos no fatales; la respuesta era sí. Pero a media tarde, la misma pregunta recibió la respuesta contraria: «no, el papá está muerto». Había sido asesinado por el régimen. Yo tenía diez años, a un par de semanas de cumplir once.

Me arrebataron la presencia de Lucho en unas horas. Cuando llegué a casa de mis abuelos donde velaban el cuerpo de papá, en la Av. Bush 686 donde hoy hay un edificio, me abrí paso entre la gente que me abrazaba hasta llegar al féretro abierto. Vi su rostro, teñido de moretones, rígido, magullado, frío, con los ojos cerrados. Lloré hasta acabarme las lágrimas. Leía su nombre en las esquelas colgadas de los arreglos florales, aquel nombre con el que tiempo atrás compo-

nía frases, ahora, con letras negras, estaba impregnado de tristeza. Quería borrar esas letras, cambiarlas, como si reacomodándolas inventara otra historia. Entonces conocí la ausencia definitiva, descubrí la muerte. Fui al cementerio en incontables ocasiones. La primera, cuando introdujeron el ataúd en el mausoleo y lo sellaron por fuera con yeso como quien da vuelta una página de la historia, como quien cierra un libro para siempre. Tantas veces me paré frente a su tumba. Supe que así se habla con los muertos, que frente a su cuerpo bajo tierra se les dice cosas, se dialoga, en silencio, en oración. Pero también supe que podía escribir, que ese era mi refugio. Llegó marzo, el primer día del padre sin *mi* padre. Escribí al infinito:

Espero que desde el cielo puedas leer esta carta, te felicito con todo mi cariño y espero que el Día del Padre lo pases muy bien. Papito, te pongo esta carta en tu nicho porque tú debes pasar por ahí muchas veces, además está tu cuerpo. Papito, espero que te enteres de todo lo que pasa aquí, no te lo digo porque hay curiosos que pueden leer esto como si fuera un periódico y eso no me gustaría. Y para terminar lo único que puedo decir es que tu falta y la de los demás nadie podrá reemplazar. Con mucho cariño tu hijo que te adora.

Le siguieron un par de poemas y otros textos. La ausencia se llenaba con las palabras, el duelo lo enfrentaba redactando. Descubrí que, en el mágico momento de la escritura, la memoria se posesiona de nosotros, se resucita el pasado y quienes lo habitaron. Supe que la palabra es vida. Así lo entendió mi mamá, que meses después de la muerte de Lucho, en 1982, recolectó sus textos de múltiples naturalezas y con variadas intenciones, desde artículos de opinión hasta canciones, discursos y poesía, y todo cupo en un solo libro con un bello título: *Los cuatro días de mi eternidad* (Suárez Guzmán, 2006) Era un juego de imágenes retomado de una carta de Lucho a su esposa Beatriz en la que evocaba el viejo dicho «cuatro días locos viviremos

dice la gente», pero, complementaba él, «para quien sólo tiene una vida, esos cuatro días son una eternidad, y ¿cómo malgastar de ellos un instante?» (Suárez Guzmán, 2006, p. 5).

Los cuatro días de mi eternidad selló mi relación con la escritura, la publicación, la vida, la muerte. Hay ausencias que no lo son, o más bien que son presencias transmutadas. Las cosas tienen agencia, tienen vida autónoma, dice la sociología actual. Y algo hay de cierto: cargo ese libro por donde voy, y a mis hijas les he regalado un ejemplar para que hagan lo propio. Desde ahí, no dejo de tejer palabras y sentimientos, recuerdos y frases. Mienten quienes afirman que los libros tienen papel y letras; no, contienen aullidos, susurros, llantos, esperanzas, risas, momentos, gozos: son cajitas que condensan vidas.

Los años corrieron, y llegó la hora de elecciones profesionales. Terminaba el colegio, había que tomar una decisión sobre el futuro. Por distintas razones, todo condujo en una sola dirección: México. Llegué en junio de 1988, a mis dieciocho años, para estudiar sociología. En el primer trimestre tuve la suerte de caer en manos de un profesor de esos que hay pocos. No recuerdo ni su nombre; más bien, curioso en mí, tengo muy presente una labor. Creo que la asignatura era «Técnicas de estudio» o algo así que es todo y nada. El audaz Maestro, con mayúscula, nos dijo que teníamos que redactar un diario. Así de llano, sin más instrucciones. Solamente añadió un comentario: «escriban lo que vieron, la idea que les pareció interesante, el comentario de la película o del libro que pasó por sus manos, y si no se les ocurre nada, cuenten algún episodio de la jornada, pero, sobre todo, no se vayan a dormir sin poner, aunque sea unas cortas frases». Al principio, no entendí el sentido de la tarea, aunque como soy cumplidor, la hice fielmente conforme a las indicaciones. Se dice que en la repetición está el gusto. Tal cual. Antes de que termine el curso, tenía instalado el hábito de pasar por la máquina de escribir —así como lavarme los dientes o ponerme pijama— previo a llegar a la

cama. Pasó algo raro en mí, me convertí en el narrador de mi propia existencia; sentía mi vida como una película que diariamente iba inventando y registrando. Fue un par de décadas más tarde que me topé con el libro *Esto no es un diario* de Z. Bauman y subrayé una frase que es sentencia: «no he sabido aprender otro modo de vida más que el de la escritura. Un día sin escribir o anotar algo se me antoja un día desperdiciado o criminalmente abortado: un deber incumplido, una vocación traicionada» (Bauman, 2015, pp. 11–12). El Maestro tenía claro que la escritura cuesta, que hay que incorporarla a la cotidianidad, ejercitarla, hacerla nuestra aliada, convertirla en nuestra amada y nuestra amante, cultivarla con pasión y empeño. Sabía que la escritura, aquella herencia de la humanidad que tenemos el privilegio de gozar, hay que incorporarla a nuestro cerebro hasta el límite de que podamos pensar con ella, transmitir, seducir; dicho de otro modo: se debe transformar todo en palabras articuladas, el pensamiento, la razón, la experiencia y la emoción. Somos lo que escribimos, y es acaso lo único que quedará de nosotros. Esa creo que era la enseñanza de aquel profesor a quien le debo tanto y cuyo apellido he borrado.

Mi nueva vida de estudiante en México fue de la mano de la necesidad de comunicación con mi madre y mi hermana, con mis abuelos, con mis tíos y con mis amigos. No era fácil. En aquellos años, a finales de los ochenta, la vía más directa era el correo regular, aquel de papel, sobres y estampillas. El teléfono era costoso y esporádico; además, a menudo, era difícil tener un aparato a disposición. Recuerdo la angustia que sentí cuando una mañana que tenía que recibir la llamada de mi madre en casa de unos amigos, éstos habían olvidado la cita y salieron. Yo me quedé afuera, escuchando el timbrar telefónico con la puerta cerrada sin poder contestar. Sólo el intercambio epistolar daba cierta garantía de contacto, así fuera espaciado y lento. Adquirí la costumbre de escribir largas cartas a mano, iba a la oficina postal

regularmente, incluso me pregunté si aquello no afectaría mi magna economía. Quería contarle todo, lo que veía, lo que vivía, lo que aprendía. Quería que en mis letras vayan mis vivencias, que mis manos escribieran lo que mis ojos registraban, lo que mi piel resentía, lo que mi boca degustaba, lo que por mis oídos penetraba. Quería dar testimonio de cada paso, cada experiencia a través de mis cartas. Y entretanto, quería que sintieran cuando estaba feliz o cuando era presa del desasosiego; que reciban mi afecto, que sepan cuánto los extrañaba, cuánto quería tenerlos conmigo. Sólo tenía las palabras, esas malditas –como alguien las llamó–, tan tiranas como libertarias, para dar fe de que estaba vivo.

Esa temporada fue de la mano de una vida espiritual profunda. En México me contacté con grupos de jóvenes vinculados a la Compañía de Jesús. Fui a decenas de reuniones, encuentros, retiros, cursillos. Incluso hice los Ejercicios Espirituales de San Ignacio e incorporé el discernimiento a mi cotidianidad. Una parte intensa de mi relación con lo divino atravesaba por lo escrito. Aunque, como sugería Michel De Certeau, la vida religiosa no es para ser narrada, sino experimentada, escribí varias oraciones que mandaba a mi abuela en La Paz, y tuve un cuaderno de oración en el que anotaba, con riguroso método ignaciano, las mociones consolatorias o *desolatorias* en la vida diaria.

Entre que leía autores, escuchaba conferencias, discutía en seminarios, veía películas, transitaba por la ciudad, conocía mi cuerpo y otros cuerpos, me llenaba de sensaciones y saberes nuevos, la escritura, que fluía en dos arroyos paralelos –las cartas y mi diario–, me acompañaba e inventariaba cada paso. Ya no tuve duda: nos habíamos fusionado, ya no nos separaríamos más.

A mediados de los noventa, llegué a la Universidad Católica de Lovaina a hacer un doctorado en sociología. Me esperó una academia especialmente dinámica, con brillantes profesores y seminarios muy

estimulantes. En unos años me convertí en un sociólogo de verdad, aprendí a construir conocimiento desde las ciencias sociales, siguiendo los protocolos propios de una disciplina tan compleja. Leía muchísimo, me perdía en las bibliotecas generosas, a veces con agenda clara buscando un artículo o persiguiendo una idea, o en ocasiones dejando que la serendipia sea mi aliada, respondiendo solo al olfato en el laberinto de las letras. Conocí la escritura sociológica, la personalidad, el autor, el estilo. Pierre Bourdieu es hermético, arrogante, pero preciso y profundo. Durkheim es inteligente, pertinente, claro; avanza por la negación para llegar a su concepto central. Touraine es fresco, pero habla mejor de lo que escribe. Freud es una delicia, teje argumento y narración. Becker acompaña, te introduce en su razonamiento como quien te explica algo sofisticado en un café. A la vez, aprendí a redactar y pensar «científicamente». Mi tesis doctoral fue muy rígida, en código técnico, pensando que sea comprensible y convincente para los siete miembros de mi tribunal. Me privé de toda elegancia, contuve la pretensión estética, eliminé lo que pusiera en duda la neutralidad y científicidad de mi trabajo. Leí muchos artículos científicos y aprendí a escribir así, siempre en tercera persona, empezando por una pregunta y un problema, un balance de lo escrito, explicación de la estrategia metodológica, presentación de resultados, conclusiones. En veinte páginas –no más, no menos– debía entrar todo. Con ese talante hice parte de mi carrera. Decenas de mis textos tienen el sello de «artículo científico», o *paper*, como le llaman los estadounidenses. Tuvieron que pasar varios lustros para cuestionar mi quehacer académico, pero llegaré más adelante a ese tema.

En Lovaina descubrí una nueva dimensión de la palabra. Greimas me enseñó que el sentido se genera a partir del principio de asociación y el de oposición. Gracias a la *Semántica estructural* (Greimas, 1995) y a la relectura desde la sociolingüística de mi tutor Jean Pie-

rre Hiernaux (Hiernaux, 1977), comprendí que la combinación de los términos con aquellos dos principios básicos componen sistemas cognitivos que son aprendidos e interiorizados –y por supuesto transformados cada que se requiere– por los seres humanos, y son ellos los que nos dotan de coherencia frente al mundo y frente a uno mismo. Y más, son estos sistemas simbólicos los que organizan el orden de la percepción, el actorial y el sensorial, además de estar en la fuente de la movilización afectiva que todo sujeto tiene y que implica organizar su energía psíquica en dirección del proyecto vital por el que optó. Jean Remy y Jean Pierre Hiernaux decían con claridad que las prácticas sociales no se las puede explicar si se considera al ser humano como «homo economicus» que reacciona según la racionalidad material, «al contrario el actor debe ser comprendido sobre todo como un ser de sentidos y símbolos que funcionan según otra racionalidad que le es otorgada por la economía de las percepciones o de las relaciones de sentido» (Hiernaux & Remy, 1978, p. 102). Jean Pierre desarrolló una sofisticada estrategia metodológica para encontrar los sentidos en las palabras a través del Método de Análisis Estructural, sobre el cual escribí varios textos y di muchas clases. También conocí a Barthes, entendí que «el relato está allí, como la vida» (Barthes, 2011, p. 7), que es el relato lo que nos hace humanos, que siempre estuvo y estará en nosotros, que es una dimensión antropológica. Y fue nuevamente Jean Pierre quien me enseñó que el relato no es monopolio de escritores profesionales, sino que es, sobre todo, una práctica de los actores sociales que necesitan construir una narrativa en la que ellos mismos sean los héroes, con búsquedas, con problemas, con ayudantes y opositores, con objetivos vitales. Con esos instrumentos, me pasé horas de horas no sólo leyendo teóricos y metodólogos, más bien, escarbando en los documentos empíricos de la gente, las canciones, las propagandas, las oraciones, los discursos, los manifiestos, las cartas, los artículos, en fin, todo soporte en

el cual alguien expresara su sentir. Procuraba las relaciones entre los términos, las unidades mínimas de sentido, las relaciones básicas, las estructuras que se desprenden y los modelos culturales dominantes que son los que están en la base de la vida social.

El período siguiente a mi formación doctoral fue especialmente alentador. Me moví por varios países hasta que me instalé como investigador «definitivo» –como se llama a consolidar una plaza universitaria en México– en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Construí una carrera científica vinculada a la academia mexicana con varios textos que siguieron todos los protocolos universitarios de publicación, comités editoriales, dictámenes ciegos, correcciones, etcétera. Me convertí en «investigador nacional» con obra aceptada y valorada en el ámbito científico. Sin embargo, no abandoné mi escritura «emocional», por llamarla de alguna manera. Por varios años estuve prisionero de una tensión bipolar. Por un lado, escribía como sociólogo apegado estrictamente a los parámetros de lo que se entiende como científico, y por otro dejaba fluir mis impresiones «sin filtro» en otro tipo de documentos. Publicaba en México y en Bolivia escritos completamente dispares que muy eventualmente se cruzaban. Estaba dividido en dos: en un texto era el científico, el sociólogo formal e intachable, y en otro el ciudadano, el ser humano que vive acompañado de las letras. Las barreras respecto a mis dos formas de escribir se fueron desmoronando gracias a distintos acontecimientos. En el 2014 hice una estancia sabática en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Fue la ocasión para leer autores en los que no me había detenido. Revisé antropólogos como Geertz, Augé, Clifford; sociólogos que acudían a la etnografía para sus estudios como Wacquant, Benzecry, Venkatesh; releí a otros académicos especialmente estimulantes como Berman, Sennett. En Nueva York, transitando entre los cafés y las bibliotecas, surgió el proyecto más atrevido de mi carrera: estudiar

las transformaciones en la última década en San Miguel, mi barrio de infancia, en La Paz. En esa investigación decidí sacudirme de mis formas previas de hacer sociología y desplazarme hacia un terreno desconocido. Decidí acudir a la narrativa, al cine, a la fotografía, a mis recuerdos personales, tanto como a los documentos oficiales, las estadísticas o los estudios científicos. Entrevisté a mi madre, a mis vecinos, removí mi memoria de la infancia y adolescencia, la bicicleta y la política, y escribí un libro que se llamó *La Paz en el torbellino del progreso* (Suárez, 2018). El documento lo presenté al Comité Editorial del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, conocido por ser estricto en el proceso de dictaminación de pares. A estas alturas debo confesar que pensé que el libro no pasaría ni la primera evaluación; mi sorpresa fue grande cuando me comunicaron que había recibido opiniones favorables y que sería publicado. Más grata todavía fue aquella llamada que recibí años más tarde de uno de los dictaminadores que me dijo que le había encantado la frescura del libro y me alentó a que siga esa ruta.

Aparte de ese texto, y otros títulos que fui escribiendo en el camino –como *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*, luego el *Diario de La Paz*, y *París a diario*–, fueron muchas las lecturas que me hicieron poner en duda la barrera entre la escritura científica y la narrativa. Navegando en las ideas, me encontré en la revista del Fondo de Cultura Económica, con un párrafo de Roger Bartra que resume bien el dilema:

Mi desempeño como escritor me ha llevado a toparme con ese indefinible pero muy sólido muro que separa las ciencias de las artes. En ese muro hay una puerta como la que describió Dante para entrar en el infierno. Desde un lado la puerta lleva al infierno científico y en ella se advierte que al entrar hay que abandonar toda esperanza en la belleza. Desde el otro lado de ese muro si un temerario intenta pasar al terreno de las artes se le advierte que al entrar hay que abandonar toda esperanza en la verdad. Esa dramática duali-

dad, que enfrenta la verdad científica contra el mundo artístico y literario de la belleza, amenaza a los científicos que quieren desempeñar como escritores (y a la inversa, lo mismo que a los escritores que quieren ejercer oficios científicos). Pero tanto artistas como científicos viven en el mismo mundo (Bartra, 2017, p. 7).

En esas disquisiciones, aparecieron además muchos autores que me ayudaron a pensar mejor. El inquietante dilema que plantea Bartra se puso en otros términos en los sesenta. Al antropólogo Oscar Lewis se le cuestionó la fidelidad de los datos que presentaba en sus libros *Los hijos de Sánchez* y *Antropología de la pobreza*, dudando si lo suyo era etnografía o pura fabulación. Él responde que su apuesta es por «iniciar una nueva especie literaria de realismo social» (Lewis, 2012, p. 39); pide no ser clasificado ni como ficción ni como antropología convencional, sino como «realismo etnográfico» (Lewis, 2011, p. 19).

El historiador Ivan Jablonka me enseñó que la experiencia literaria y la epistemología no necesariamente van separadas; más bien, pueden reinventarse mutuamente. Comprender y explicar pueden ir de la mano de narrar. Hice míos sus consejos: «Por eso [dice Jablonka], no hay que vacilar en abordar un tema que nos toca personalmente, emprender una investigación motivada por un hecho personal, una búsqueda identitaria: admiración, amor, deseo, recuerdo de infancia, sentimiento de estar en deuda, pero también abandono, suicidio, pérdida, exilio...» (Jablonka, 2016, p. 291). Y concluye: «Y hoy mis libros son varias cosas a la vez, historia, sociología, antropología, investigación, relato, bitácora, biografía, autobiografía, oración, literatura, con cosas que se abren y cosas que se deslizan» (Jablonka, 2019, p. 168). Me quedé con la estimulante figura del «científico-narrador», como quien navega en dos mares con igual soltura. Me encontré también con la reflexión del sociólogo Edgar Morin donde describe los dos hilos del pensamiento: la ciencia y la poesía; el primero se refiere a la formulación abstracta, la lógica

y la matemática, el segundo a la evocación, la metáfora y la analogía. Y concluye el pensador francés: «podemos intentar trenzar ambos hilos. Podemos estimular la ciencia por la poesía y, hoy en día, la poesía por la ciencia» (Morin, 2012, p. 31).

El académico mexicano Luis González y González se ocupó del tema desde lo que llamó la Microhistoria, que es una manera de acercarse a los acontecimientos no desde los grandes momentos, personajes heroicos, episodios épicos –que suelen tener muchos reflectores– sino desde la gente, sus costumbres, su universo cotidiano, su lenguaje, sus situaciones más pedestres que a menudo pasan desapercibidas. González y González lo dice con claridad: «Emociones, que no razones, son las que inducen al quehacer microhistórico» (González y González, 2003, p. 73); y más: «no hay por qué avergonzarse al confesarlo: la microhistoria y la literatura son hermanas gemelas» (González y González, 2003, p. 52). Narrar en lenguaje sencillo, claro y directo –«no obstante el trabajo que cuesta y el poco mercado que tiene» (González y González, 2003, p. 54)– es para Luis González la mejor opción, pero también la más pertinente para dar cuenta de la experiencia humana en su complejidad y en sus múltiples dimensiones. Y concluye el académico michoacano: «La microhistoria es la menos ciencia y la más humana de las ciencias del hombre» (González y González, 2003, p. 79).

Desde nuestro contexto esta discusión, que pone en duda las fronteras disciplinarias, se dio en distintos momentos y con autores muy lúcidos. Basta traer a colación el monumental trabajo de Guamán Poma de Ayala en el siglo XVI, su apuesta es política, visual, estética y científica a la vez. Lo propio con José María Arguedas, el etnólogo escritor, o Martín Chambi, el fotógrafo etnográfico. En Bolivia sobran iniciativas y muchos especialistas han abundado sobre el tema. Sólo evocar, como ejemplo, la doble intención de Jesús Lara que procura tanto mostrar la complejidad de la cultura de los incas o la

dominación del indio en el marco de una intervención política, como construir una narrativa boliviana propia.

¿Cómo fue tratado el tema en la sociología, mi disciplina de origen? No me voy a detener en un repaso tedioso, sólo quiero traer la reflexión de un clásico: *La imaginación sociológica*, de Wright Mills. El autor define nuestro oficio como una *artesanía intelectual* que no debe intentar separar el trabajo y la vida; por el contrario, cada dimensión debe enriquecer la otra, es decir, se debe aprender a «usar la experiencia de vida en el trabajo intelectual, examinándola e interpretándola sin cesar». Mills sugiere a los sociólogos que escriban regularmente sin temor a «emplear su experiencia y relacionarla con el trabajo en marcha». Todo sirve, todo vale, todo ayuda a captar momentos y registrarlos: «ideas diversas que pueden ser subproductos de la vida diaria, fragmentos de conversaciones oídas casualmente en la calle, o hasta sueños». Por eso sugiere escribir regularmente: «no puedes tener ‘la mano diestra’ si no escribes algo por lo menos cada semana. Desarrollando el archivo, puedes tener experiencia de escritores y cultivar, como suele decirse, sus medios de expresión» (Mills, 2012, pp. 207–208). El genio de Mills está precisamente en conjugar lo que parecería excluirse por naturaleza: imaginación versus sociología. Para él, la imaginación, lejos de entenderla como un riesgo de subjetividad que nuble el saber científico, puede ser una aliada para la sociología, y viceversa.

Para cerrar este manifiesto por la construcción de puentes y alianzas entre narrativa y ciencias sociales, quiero evocar el discurso de Zygmunt Bauman al recibir el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en el 2010. Bauman, un sociólogo puro y duro, comienza agradeciendo que su obra se la considere dentro de las humanidades; recuerda a sus maestros que le enseñaron a «tratar la sociología como disciplina de las *humanidades*, cuyo único, noble y magnífico propósito es el de posibilitar y facilitar el conocimiento

humano y el diálogo constante entre seres humanos», y califica a Cervantes como el padre fundador de las humanidades, «fue el primero en conseguir lo que todos quienes trabajamos en las humanidades intentamos con desigual acierto y dentro de nuestras limitadas posibilidades»: «hacer pedazos los velos hechos con remiendos de mitos, máscaras, estereotipos, prejuicios e interpretaciones previas; velos que ocultan el mundo que habitamos y que intentamos comprender» (Bauman, 2015, pp. 78–79).

En esta época, luego de tanta agua recorrida bajo este puente, tengo cada vez más la certeza de que el saber y la narración deben ir de la mano. Esa es acaso la salida y la apuesta para impulsar una nueva agenda intelectual. Tal vez la sociología narrativa, la sociología vagabunda, pueda poner un ladrillo más en esta ardua tarea de narrar y explicar, en el marco de una nueva poética para la investigación social.

En fin, estimados colegas académicos y público que me acompañan esta noche, agradeciéndoles su paciente escucha, si el destino me condujo a vivir la escritura pegada al dolor de la ausencia de mi progenitor, permítanme concluir este parlamento ocupando el rol de padre que es un maravilloso regalo. Una mención para Canela y Anahí, mis adoradas fuentes de vida. Acaso lo más valioso de nuestro paso por el mundo sea la palabra. Tómenla, invéntenla, sométanla, libérenla. Aprópiense de ella, que sea la escritura su refugio y su revelación; que a su abrigo acudan cuando la necesiten, que en su laberinto encuentren la alegría.

Muchas gracias.

Referencias

- Barthes, R. (2011). Introducción al análisis estructural de los relatos. *Análisis estructural del relato*. Coyoacán.
- Bartra, R. (2017, diciembre). Largo camino. *La Gaceta*, 564–565.
- Bauman, Z. (2015). *Esto no es un diario*. Paidós.
- Berger, P. (1977). *Introducción a la sociología*. Limusa.
- Berman, M. (2016). *Aventuras marxistas*. Siglo XXI.
- Celorio, G. (2018). *De la carrera de la edad*. Fondo de Cultura Económica.
- González y González, L. (2003). *Otra invitación a la microhistoire*. Fondo de Cultura Económica.
- Greimas, J. (1995). *Sémantique Structurale. Recherche de la méthode*. Presses Universitaires de France.
- Hiernaux, J. P. (1977). *Institution Culturelle. Systématisation théorique et Méthodologique* (Dissertation doctoral, Vol. I, Vol. II y Vol. III). Université Catholique de Louvain.
- Hiernaux, J. P., & Remy, J. (1978). Rapport de sens et rapport social, Eléments pour une problématique et une perspective d'observation. *Recherches Sociologiques*, IX(1), 101–131.
- Jablonka, I. (2016). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. Fondo de Cultura Económica.
- Jablonka, I. (2019). *En Camping-car*. Anagrama.
- Leon-Quijano, C. (2023). *La cité: une anthropologie photographique*. Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Lewis, O. (2011). *Antropología de la pobreza: cinco familias* (25 Reimpresión). Fondo de Cultura Económica.
- Lewis, O. (2012). *Los hijos de Sánchez: autobiografía de una familia mexicana: una muerte en la familia Sánchez*. Fondo de Cultura Económica.
- Mills, C. W. (2012). *La imaginación sociológica* (5 Reimpresión). Fondo

de Cultura Económica.

- Morin, E. (2012). *Journal 1962-1987*. Seuil.
- Sefchovich, S. (2018). *Vida y milagros de la crónica en México*. Océano.
- Silva-Herzog Márquez, J. (2017). *La palabra y la ciudad*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Suárez Guzmán, L. (2006). *Los cuatro días de mi eternidad* (2. ed). Muela del Diablo.
- Suárez, H. J. (2012). *Sueño ligero. Memoria de la vida cotidiana*. Gente Común.
- Suárez, H. J. (2015). *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*. Editorial 3600.
- Suárez, H. J. (2018). *La Paz en el torbellino del progreso. Transformaciones urbanas en la era del cambio en Bolivia*. IIS-UNAM.
- Suárez, H. J. (2022a). *Diario de La Paz. Apuntes de un retorno*. Editorial 3600.
- Suárez, H. J. (2022b). *París a diario*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Trejo, A., & Waldman, G. (2018). *Pasaporte sellado. Cruzando las fronteras entre ciencias sociales y literatura*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Vázquez Machicado, H. (1958). La sociología boliviana en las Crónicas Generales de Indias. *Revista Mexicana de Sociología*, 20(2), 337-369. <<https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.1958.2.58924>>.





SOCIOLOGÍA CRÓNICA

Se terminó de imprimir en diciembre de 2025, en los talleres de Ediciones del Lirio S.A. de C.V. Ubicados en Azucenas 10, San Juan Xalpa, Iztapalapa, C.P. 09850, Ciudad de México. El tiraje consta de 300 ejemplares.

